

La Esfera

17 Junio 1916

Año III.—Núm. 129

ILUSTRACION MUNDIAL



EGIPCIA, cuadro de J. Cruz Herrera

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO



Silueta de Toledo, desde el Tajo



El puente de Alcántara y el Alcázar

(CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO VII)

Entramos en Pompeya por una puerta, precedidos y acompañados por guardas que no nos dejaban a sol ni sombra. Yo me constituí en visitante pasivo y descansaba en la diligente interpretación de mi ninfa, que todo me lo iba señalando y describiendo para que yo no tuviera que discurrir cosa alguna. Como el más experto *cicerone* me decía: «Mira las casas sin techo, pero las paredes bien conservadas y las pinturas muy lindas; mira la tahona con los hornos y los enseres para la molienda del grano; aquí tienes los cuerpos de guardia; fíjate ahora en lo que llamamos la Trivia, de donde viene la palabra trivial. Aquí vivían las señoras de vida alegre, y no sé porque ya comprenderás lo que callo. Entremos ahora por esta otra calle que es la mejor del pueblo; aquí vivía la aristocracia pompeyana. ¿Ves qué pinturas tan lindas? Las porcelanas y vasos magníficos encontrados en estos lugares, los habrás visto en el Museo de Nápoles. Ahora pasamos a una plaza donde está el Teatro; míralo tan bien conservado como si en las pasadas noches se hubiera dado aquí una representación. Desde el Teatro, siguiendo por esta calle, llegamos al palacio donde vivía un personaje de muchas campanillas que era el más rico de la ciudad. Aterrado por la lluvia de ceniza, cargó con todas sus alhajas y los tesoros que poseía y salió buscando su salvación en la playa, pero no logró escapar y pereció en el camino.» De este modo continuó refiriéndome todos los pormenores de la ciudad desenterrada, hasta que fatigado yo de tan prolijas descripciones, rogué a mi ninfa que me sacara de la hermosa necrópolis y me llevara también a la playa para respirar el vivificante aire salino.

Salimos trabajosamente a orillas del mar, y allí mi ninfa, que aquel día estaba en vena de erudición, me contó que durante el cataclismo de Pompeya hallábase a bordo de una nave un sabio romano llamado Plinio, que prestó auxilio a los fugitivos y refirió en sus anales las desgarradoras escenas que había presenciado. No quise ahondar en esta materia porque sentíame hastiado de andanzas por extrañas tierras y se apoderaba de mi espíritu el ansia de volver a Madrid, donde había dejado mis pensamientos literarios y diferentes propósitos que reclamaban mi presencia en la amadísima Villa y Corte de las Españas. Llévame, ninfa mía—exclamé—, a donde quedó nuestra alma, y allí me referirás despacio lo que aquí dejamos sin conocer y estudiar. Mi compañero de viaje fué del mismo parecer; él deseaba volver a Inglaterra y yo a España. Emprendimos el regreso. En el próximo capítulo de estas Memorias hallará el amable lector el final de las impresiones de Italia entremezcladas con otros imprevistos y donosos sucesos.

VIII

Ya estoy en el Madrid de mis ensueños trazando con febril actividad el plan de *Angel Guerra*. Me acompaña solícita y atenta mi dulce

ninfa, y cuando me ve escribir el nombre de Toledo, sale por este inesperado registro:

«Ese Toledo, ¿es la calle que en Nápoles lleva tal nombre? Si es así, debo recordarte que te falta completar tus impresiones italianas con la figura de Masaniello, el agitador de los molinos populares que dieron al traste con la dominación española en aquel país. Era entonces Virrey el Duque de Arcos, que no pudo vencer la insurrección. Como te oí hablar de una tal *Dulce-nombre* y una tal *Leré*, creí que estas eran hembras napolitanas.

—No son napolitanas, sino del Toledo de orillas del Tajo. Debo advertirte, ninfa mía, que lo que aquí llamamos Ciudad Imperial, no es inferior a las de Italia ni en monumentalidad ni en riqueza de joyas artísticas. Aquí no tenemos Pompeyas ni Vesubios, pero abundan los Beruguetes, los Gúas, los Juanelos; orífices como Arce; escultores como Alonso Cano; herreros como Villalpando, y cien mil artistas más, que te iré nombrando cuando sea ocasión. Catedrales hay en Italia, pero la de acá se puede parangonar con las mejores de allá, y de añadidura poseemos las dos Sinagogas que no tienen semejante en ninguna parte del mundo.

—Maestro, te concedo que en hermosura artística Toledo no es inferior a Nápoles, pero en belleza natural ¿qué tenéis aquí comparable a las preciosas islas Capri, Ischia y Prócida, que debimos visitar y no lo hiciste por tu indolencia y por aquello de *mañana iremos, mañana?*

—Yo te aseguro que esas islas las recuerdo como si las hubiera visto, y si me apuras, también te digo que en España tenemos buenas islas, por ejemplo: las Canarias, con su famoso Teide, que también es un señor volcán, aunque apagado, y la isla del Hierro, donde dicen que estaba el meridiano.

—Tú siempre quieres tener razón. ¿Pero hay fuera de Nápoles un paraje tan pintoresco como Posilipo, donde se admira el sepulcro de Virgilio?

—Sí. ¿Y quién nos asegura, querida ninfa, que semejante sepulcro no es apócrifo? Sin ver esas cosas, tengo conocimiento de ellas. Pasada la gruta de Posilipo se encuentra otro sepulcro, que es sin duda el auténtico. Ya recordará que el gran poeta Leopardi está enterrado en el pórtico de una iglesia. No le sepultaron dentro del templo, porque a juicio de la gente vulgar, lo impedía la opinión de incrédulo inherente al nombre del inspirado cantor de Italia... Y ahora, doblemos la hoja de Calabria y déjame seguir preparando mi *Angel Guerra*, cuyo tomo segundo tiene por escena la gran Toledo. En estos libros verás a los *Babeles*, familia de extravagantes en la que descuellan Doña Catalina de Alencastre, que se dice descendiente de los Reyes de Castilla. En esta misma obra te daré a conocer al famoso *Don Pito*, viejo lobo de mar trasplantado tierra-adentro, y al donoso beneficiado de la Catedral D. Francisco Mancebo, fanático por la lotería, y a su sobrinita *Leré*, que no tiene más ambición que ser Hermana de la Caridad.

Seguí refiriendo las culminantes escenas y figuras de la obra que escribía, cuando de improviso observé que hablaba solo. Miré en torno mío y advertí que mi ninfa no podía escucharme. Vagamente la vi a cierta distancia; y al fin, revoloteando, se esfumó hasta perderse en espacios lejanos.

Continué mi trabajo en la confianza de que mi ninfa volvería pronto a mi lado. Las obras no escritas aún y simplemente proyectadas, no despertaban su interés. Solo movía su espíritu la función de reproducir lo que había visto... Una mañana se me presentó de improviso diciéndome: «Pero, Maestro mío, ¿te has olvidado de que tienes la obligación de ir a Pisa?»

—Pisa... Pisa... ¿Qué es eso?

—La ciudad italiana a orillas del Arno, célebre por su famosa Catedral, y la no menos célebre Torre inclinada, donde es fama que Galileo practicó sus experimentos para demostrar el movimiento de la Tierra. A más del Baptisterio, podrás admirar en Pisa las maravillosas pinturas del Cementerio, punto culminante en la historia del Arte.

—Ya sé a dónde quieres llevarme. Estalla en mi mente un verso del Dante: *Ahi Pisa, vituperio delle genti...*, que pone ante mis ojos la terrible visión del conde Ugolino cuando relata el poeta su horrible martirio en uno de los más espeluznantes pasajes de El Infierno.

—El pobre señor fué condenado a morir de hambre con sus tiernos hijos en una mazmorra... Convendrás conmigo, querido Maestro, en que el mundo no ha conocido poeta tan sublime como el Dante. Este Toledo Imperial que tanto admiras, tendrá muchas y variadas grandezas, pero un Dante no ha nacido aquí.

—Es cierto; poeta no hay, pero poesía, como en ninguna parte. Asómate conmigo al lugar eminente donde están las ruinas de San Servando o a las rocas donde campea la ermita de la Virgen del Valle, y extiende tu vista por la profunda hondura donde corre con bravas espumas rojizas el padre Tajo desde el puente de Alcántara hasta el de San Martín mordiendo ambas orillas, cual si quisiera llevarse consigo pedazos de la ciudad que lo aprisiona. Verás a la izquierda el llamado Baño de la Cava, donde parece que aún suenan las maldiciones que el propio río lanzó a la faz del desdichado D. Rodrigo, último Rey de los Godos. Desde estas alturas podrás admirar el conjunto de la ciudad, donde se confunden los diferentes estilos arquitectónicos: el Greco-romano, el Gótico, el Árabe, el Mudéjar, Renacimiento en sus variadas manifestaciones de esplendor y decadencia. Verás el sinnúmero de torres, campanarios, espadañas, veletas, cimborrios, cresterías de tantos templos, monasterios, santuarios, beaterios, poblados por canónigos, curas, frailes y monjas de variados capisayos. El aspecto total de Toledo es grandioso, pero no risueño. Domina la tonalidad gris con toques de cerámica parduzca y el azulado mortecino de la pizarra. Cuando penetres en la ciudad, tu primera impresión será desagradable. Perdiéndote en el

laberinto de sus calles angostas, torcidas y empinadas, dirás ¡qué población tan fea! Te sorprenderán las encrucijadas laberínticas, donde el transeúnte se pierde y buscando una salida se encuentra al poco rato en el mismo sitio de donde partió. Verás barrios enteros donde reina una soledad propicia a las apariciones fantasmagóricas. Te sorprenderán las puertas adornadas con clavos de hierro, de formas tan variadas y elegantes, que con ellos se podría formar un museo de imponderable riqueza. Entre los clavos descuellan aldabones vetustos cuyos golpetazos son las voces de ultratumba que despiertan la ciudad muerta.

En supersticiones y milagrerías poéticas son es Toledo inferior a ese Nápoles que tú tanto admiras. La leyenda del Cristo de la Luz, el milagro de la Virgen poniéndole la casulla a San Ildefonso, el prodigio del Conde de Orgáz, que inmortalizó el Greco en el famoso cuadro existente en la iglesia de Santo Tomé. Todos los extranjeros que vienen a Toledo no descansan hasta visitar este incomparable lienzo, donde está representado el difunto Conde llevado en brazos por San Agustín y San Esteban.

Créeme, querida ninfa, que no acabarás si te contara punto por punto todas las grandezas que encierra esta por tantos títulos noble y sacra ciudad. Con una mirada retrospectiva verás desfilar en tu mente los ilustres varones que gobernaron la Diócesis Toledana. Pasan primero los que fueron santos, tres Eugenio y un Ildefonso; luego encuentras a D. Rodrigo Jiménez de Rada, primer historiador de España; luego vienen Tenorio, Carrillo, Fonseca; las coloradas figuras de Mendoza y Cisneros; después Tavera, Siliceo, Carranza, Quiroga, Aragón, Portocarrero, Lorenzana...

Te señalo particularmente a Siliceo, fundador del Colegio de Doncellas nobles, admirable Institución más laica que religiosa; a Tavera, creador del grandioso Hospital de Afuera, y a Carranza, que por una fruslería que escribió en no sé qué librito de Doctrina, fué perseguido infamemente por la Inquisición. Largo martirio sufrió en Roma este santo varón, y hubiera perecido en la hoguera si no le salvara con gesto autoritario el propio Felipe II.

Los conventos de monjas que antaño alcanzan una cifra fabulosa y hoy no pasan de catorce o quince, tuvieron y tienen en Toledo encantadora poesía. Para poder conocerlos en su interior, querida ninfa, has de madrugar mucho acechando el momento en que abren sus puertas para la diaria misa conventual. Entrás y sólo ves en la iglesia tres o cuatro vejedores, única feligresía de las monjitas en aquella ocasión matutina. Oyes tu misa, que comunmente es breve, porque el capellán tiene prisa por largarse a la calle. Concluida la misa pasas un ratito mirando a la iglesia y oyes el suave murmullo dentro del coro donde están las monjitas descabezando un sueño místico... El sacristán agita el manojo de llaves y tienes que *ahuecar* con los vejedores que se van a pedir limosna en las calles. Te indicaré los monasterios más interesantes: Santo Domingo el Antiguo, cuya iglesia es un museo de pinturas del Greco; Santo Domingo el Real, que contiene magníficos sepulcros y antigüedades romanas de gran mérito. Tiene un pórtico del Renacimiento en una plazuela que, sin vacilar, designo como el sitio más solitario de Toledo. Muchas mañanas he pasado yo sentado en el escalón de una puerta frente al pórtico de Santo Domingo observando si alguna persona viviente discurría por aquellos lugares. Nunca vi a nadie. A dicha plazuela se entra por una callejuela con cobertizo, y la salida es de la propia forma. El único rumor que a mis oídos llegaba descendía de la espadaña del convento; sonaba la campana triste marcando la hora canónica y aleteaban algunos cuervos o cernícalos posándose en la vetea. Terminada mi comprobación del paraje absolutamente solitario, salí de él por otro cobertizo que me condujo a las Capuchinas. Este convento, fundado por el cardenal de Aragón, ostenta sobre la puerta principal una estatua de Berruguete, y en su interior, ¡oh maravillas! que sólo podemos admirar en Jueves Santo, cuando las monjitas las exhiben como adorno en su monumento. Desde las Capuchinas, ¡oh, ninfa vaporosa!, vete a San Juan de la Penitencia, de la orden franciscana, y quedarás pasmada cuando elevés tus ojos hacia la tracería del artesonado, obra tan estupenda que puedes ca-

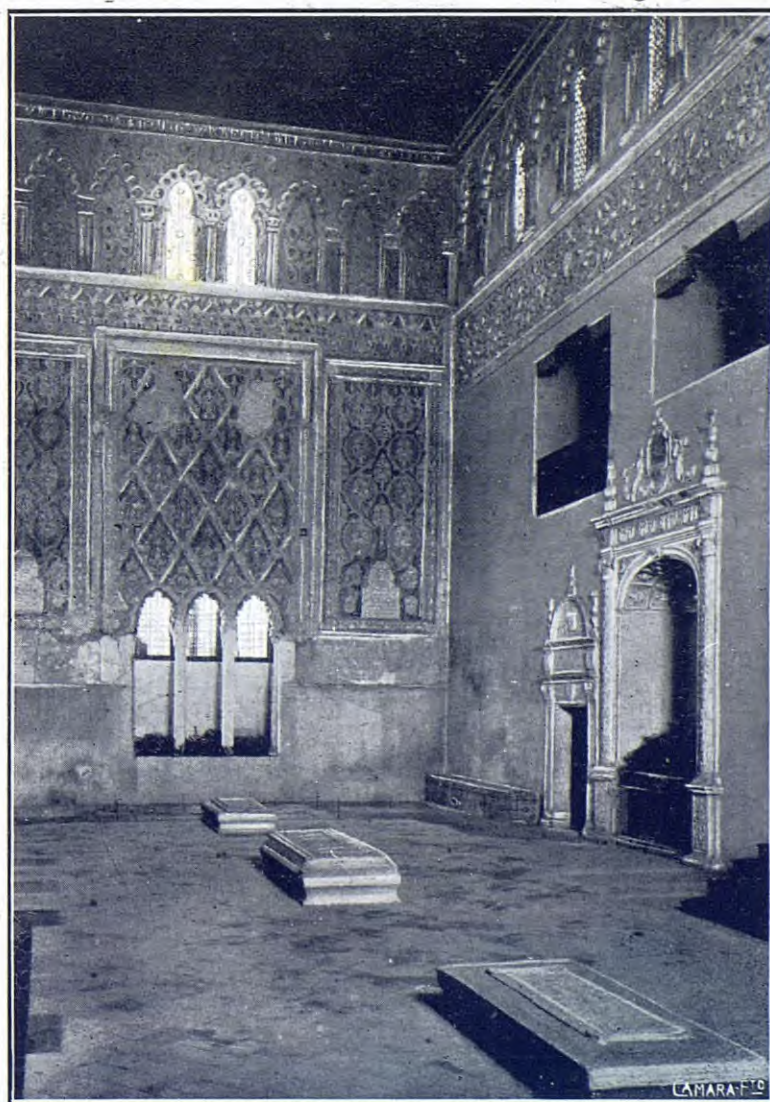
lificarla como finísimo encaje de madera. Con un vistazo al sepulcro del Obispo de Avila, amigo del fundador de este convento, cardenal Cisneros, terminarás tu visita a San Juan de la Penitencia, y continúa tu paseo calle abajo hasta llegar a San Pablo, donde una comunidad de religiosas pobres conserva como preciada reliquia el cuchillo con que fué degollado el Apóstol titular de aquella casa. Cuando yo visité este convento iba en compañía de Arredondo, pintor famoso vecindado en la Ciudad Imperial y en ella gozaba de merecida popularidad. Más por Arredondo que por mí, las monjitas nos acogieron con franca gentileza y nos entregaron el cuchillo para que lo examináramos a nuestro gusto. El arma era una brillante hoja damasquina con vaina de terciopelo rojo. Aproveché el instante en que Arredondo y yo estuvimos solos para afilar con el cuchillo de San Pablo el lápiz que usaba yo para mis apuntes. Devolvimos la reliquia a sus dueñas y nos retiramos, dejando una limosna en el cepillo que la Comunidad tenía para remedio de su estrechez... Ahora, ninfa, prosigue tu inspección de conventos monjiles. Te recomiendo Santa Isabel, el aristocrático San Clemente, las Gaitanas, Madre de Dios y por último Las Santiaguesas, donde hacen unos dulces secos y unos almíbares que son la gloria divina. Si te los dan a probar, ninfa mía, no rehuses el obsequio, que has de relamerlo de gusto.

Ya es hora de que descansemos tú y yo. Te convido a comer en casa de Granullaque, hostería cuyo local subsiste inalterable desde el tiempo de Cervantes. La casa, las mesas y sillas y los manjares que allí se sirven no han sufrido alteración en tres siglos. Tendremos que escoger entre muy reducidos condimentos, a saber: empanadas de carne o pescado y bartolillos. La concurrencia de parroquianos es inmensa. Allí van todos los extranjeros que visitan Toledo, entre ellos personajes de viso, pues la fama de Granullaque se ha extendido por todo el mundo. Un día que yo estuve comiendo aquí con Arredondo, tuve a mi lado a D. Pedro de Braganza, Emperador del Brasil.

B. PÉREZ GALDÓS



Naves de Santa María la Blanca, de Toledo



Interior de la Sinagoga del Tránsito, de Toledo

FOT. S. HIELSCHER

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



EL BUFON DON ANTONIO, EL INGLÉS, cuadro de Velázquez

ROSAS, UN MILLÓN DE ROSAS

LEGA un ordenanza hasta la butaca en que he venido á emperezarme y dice que me reclaman en el teléfono.

Ya estoy en la cabina y en el misterio de una aventura bastante original.

—¿Es usted el Sr. Sanchíz?

—El mismo... Y yo, ¿con quién hablo?

Se echa á reír el enigmático comunicante, y sus carcajadas suenan á burla de carnavales.

—Soy una buena amigaica de usted.

—Oiga.

—Usted es quien debe oír... Supongo que aceptará usted mi colaboración espontánea... mi amable concurso, como se dice en los programas de las fiestas benéficas... Voy á darle tema para un artículo... ¿Ha visitado usted la rosalada del Retiro,

sabe usted siquiera que en el Retiro hay una rosalada? Porque los escritores hablan de las rosas y del ruiseñor y del amanecer como los cómicos se llevan la mano al corazón... ¡de memoria...! ¿Me escucha usted, Sr. Sanchíz? ¿Qué hace usted ahí tan callado?

—¿Qué voy á hacer en el cuarto del teléfono? Estaba dando un paseo...

—¡Qué gracia...! Ahora mismito se despide de sus amigos y visita la rosalada, y... aguardo una crónica en LA ESFERA... ¡Cuenta usted con una lectora!

—Una condición... Me resigno al secreto... Pero, deme su palabra de que es usted bonita.

—¡Ay, como pierden estos chicos de pluma al ser tratados de cerca! Para usted debería ser yo la mujer más hermosa del mundo, porque soy la desconocida... y la musa...

Al llegar aquí, otra dulce voz femenina pregunta desde la Central:

—¿Terminó?

—Sí, señorita— responde mi extraño colaborador—. Adiós, amigo Sanchíz.

Inútilmente he llamado en todos los tonos, aproximándome y distanciándome de la bocina. El timbre lanzó su musiquita burlona, su risa sarcástica, casi mefistofélica... ¡Habrá que consolarse de la desaparición de una mujer con la fabulosa maravilla de un millón de rosas!...

ooo

Como el crítico lee un volumen de versos, así me encaminé yo hacia la rosalada. Es decir, dispuesto á no abandonarme al deleite que me rodeaba, lápiz en ristre, con ánimo reparón. Y he salido de los floridos senderos como si volviese de una cita de amor.

Yo no recuerdo dónde, pero en alguna bellísima página de las postrimerías del siglo pasado, la época en que estaban de moda las flores del mal y las de monstruosas formas y coloraciones, he leído que esos extraños y magníficos cálizos insinuaban algo así como la transfiguración de las prestigiosas coloras, que revelaban la naturaleza y hasta el atavío de los ángeles... La rosalada dice de la mujer... Porque la rosa

es carnal y porque aparenta ofrecerse; y es femenina en simultanear la espontaneidad de sus pétalos, con su amable curva de sonrisa, en torno al descubierto cogollo que vale por un corazoncito, y las espinas emboscadas entre las hojas... También pertenece al eterno femenino la deliciosa arbitrariedad de entregar su miel á la abeja volandera, efímera, como en un *flirt*, y en cambio herir con su tallo de sierra la mano que se aventura á cortar la flor, á matrimoniarse, como quien dice... ¿Y hay nada que se parezca á la boca de la novia como un capullo rojo amoratado? Los sátiros y faunos aprendieron á mordisquear los labios, los hombros y las luminosas rodillas de las ninfas, ensayándose en los rosales, en tanto las ninfas se bañaban en el río

indias, ni de los humildes brotes de pureza en la cumbre de las montañas azules...

Pero la rosa es la flor galante por excelencia. Toda ella es siglo XVIII, con su brillantez de porcelana y con sus *paniers* que evocan los vestidos de las marquesitas versallescas. El gusanico verde que atraviesa un pétalo, ¿no hace pensar en los corrosivos epigramas de los abates?... La mañana que yo visité la rosalada del Retiro, aleteaba el aire, y cada ráfaga arrancaba multitud de hojuelas de seda, de terciopelo, de carne, de porcelana y de cristal como el vendaval revolucionario despojó de su rosalada humana, demasiado poco humana, los jardines de María Antonieta.

Mediaba el día, y bajo el sol triunfaban las

constelaciones florealas como vemos los astros al fulgor de la luna. Nada más vario en su unidad sino es una exposición canina. Sólo que en la rosalada no hay fealdades *chic*. Las matujas breves, los arbustos pomposos como miriñiques, el palo erguido con un bola de verdura, los extendidos mantos con su pedrería de rosas minúsculas y unos husos largos en que el lino se tejió milagrosamente para formar unas rosas blancas...

Los gorriónes y los mirlos, quizá desproporcionados en el bosquecillo enano y frágil, se perseguían, jugueteaban á los pequeños vuelos...

Vagaban por las sendas unas siluetas de cultivadoras del *footing*, al amparo de sus sombrillas, y no se me olvidará una rubia que llevaba un traje á rayas amplias y negras en fondo blanco, y que hablaba á los rosales en inglés, con una voz de flauta... Dos pulquérrimos ancianos, de cara sonrosada y barbas blancas, caminaban como dos filósofos de la bondad...

Hay allí un abeto, y, en la oquedad de su abovedado cobijo, reposaba un clérigo, estudiaba un estudiante... Un estudiante que de cuando en cuando silbaba como los mirlos, y contestaban los pájaros... Los marmóreos tritones de aquella fontana vertían sus chorrillos de brillantes... En el centro de la rosalada se alza la gigantesca estufa, con sus persianas, y no sé por qué evocaba las pagodas enormes...

Por el claro de dos entrelazados rosales, uno de rosas rojas como el vivo colorette de los pintados labios de una belleza baudeleriana, y otro con rosas de te, *leitmotiv* para una sinfonía de todos los oros de un desnudo cleopatreco, alcanzaba á verse la mole del monumento á Camoamor... La rosalada perpetúa la espiritual memoria de las amigas del poeta...

¡Divinas criaturas que dejaron al pasar por el mundo rosas, un millón de rosas, y la gloria de un inmortal!

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



En la rosalada del Retiro

FOT. SALAZAR

que orlaban adelfas... Huelen lo mismo los capullos y los labios de las mujeres... Y si las rosas tienen el rocío, las bocas femeniles muestran la dentadura deslumbrante...

ooo

Desde luego, existen flores más sensuales que las rosas y otras de más espiritualidad. Una magnolia ya dorada inspira el deseo del coqueo rumoreado con una mulata, cuya carne se consume en la pasión como una resina olorosa. Los nardos han sido odaliscas. Las bermejas campanulas del granado semejan tentaciones del asceta en el yermo. Vírgenes locas parecen las madreselvas, con su desorden y con su perfume en las tinieblas nocturnas, un perfume de alucinación... Ingenua, aladamente, sostenidos por los afilados dedos de los querubines del Beato Angélico, de Ofelia y de Margarita, los lirios, las azucenas y el jazmín diríase que nos llevan á comulgar en el ara del idealismo... Y no hablamos de la flora enorme de las selvas

CUENTOS ESPAÑOLES

LA AMADA INVEROSÍMIL

En las primeras horas de navegación, cuando el barco se despegó lentamente de uno de aquellos muelles de Buenos Aires, donde los grandes navíos se acercan hasta unir á tierra sus costados, el pintoresco espectáculo del puerto, la confusión de las últimas despedidas, y el terminar la instalación de á bordo, retuvo al pasaje en una egoísta y bendita preocupación de sí mismo. Pero luego de salir cruzando entre las interminables filas de vapores tendidas á lo largo del río, cuando el ancho estuario se nos ofreció libre, y las aguas perdieron la coloración amarillenta de las linfas cautivas, cuando la ciudad blanca é inmensa fué hundiéndose en el mar hasta borrarse los ocres manchones de sus parques, los pasajeros volviéronse unos á otros preguntándose mentalmente: ¿Bien, y ahora? Ahora, largos días de encierro en aquel mundo tan pequeño donde los instintos de sociabilidad se exacerbaban. La convivencia fatal y enojosa que nos esclaviza en los pueblos y en las travesías marítimas, surgió amenazadora.

Gran parte del pasaje componíanlo compatriotas míos que volvían á España. Hombres del Norte, raza de vencedores. Animosos astures, gallegos frugales y tozudos, que habían logrado rendir á la fortuna en las nuevas tierras de América la pródiga. Paseaban sobre cubierta, luciendo orgullosos sus enormes brillantes y sus cadenas aureas, en tanto que la evocación de la tierra lejana, brotaba de sus labios toscamente, pero llena de unción, esa gran unción que los indios guardan siempre para el rincón natal.

Aquellos hombres amenazaban aburrirme con mil historias mercantiles y procuré rehuirles; me interesaba más la misteriosa conducta de mi amigo Octavio Santana, á quien descubrí una tarde acodado en la borda, cuando llevábamos dos días de navegación. Debía regresar como yo de Buenos Aires y me extrañó no haberle visto al embarcar. Mi júbilo fué grande; él, pintor y hombre de una cultura artística asombrosa, sería para mí un oasis en aquel páramo espiritual. Le saludé efusivamente abrazándole repetidas veces y le pregunté por el resultado final de su exposición, en la que muchos cuadros habían alcanzado precios fabulosos: él respondió á la alegría de mis saludos y al fervor de mis preguntas con tanta frialdad, que llegué á molestarme.

¿Se habría enfatuado Octavio hasta el extre-



mo de olvidar nuestra antigua y sincera amistad? Recordé que su espíritu tímido y hermético dióle fama de raro entre las gentes. Túvele siempre por hombre espiritualmente inadaptado á cuanto le rodeaba; su carácter le había creado un ambiente hostil en la ciudad. Muchas veces tuve que defenderle en tertulias y en casinos, donde se le tachaba á él de extraviado, y á su arte de incomprensible y de ridículo.

Aquellos cuadros suyos, tan dislocados, tan aparentemente irreales, motivaron cuchufletas y burlas entre sus convecinos. Más tarde, cuando le consagraron en Roma y en París y los críticos más ilustres proclamaron que sus retratos tenían una fuerza espiritual solo comparable á la que vivía en las obras del Greco, las gentes encogieron de hombros pensando que aquello eran fantasías periodísticas, y solamente unos cuantos amigos comprendimos lo que Octavio valía. Para mí, su reciente triunfo en América,

fué algo lógico y esperado que me satisfizo acaso tanto como á él.

Pasaban los días y mi amigo continuaba huraño, retraído. Nada hice por buscarle; más intrigado que dolido, limiteme á cruzar con él cuatro palabras las pocas veces que me lo encontraba. Respondíame entonces como un hombre que acabase de despertar de un largo y atormentado sueño; no parecía recordar de mi existencia ni de las entrevistas anteriores, y en cuanto nos separábamos tornaba á su gesto abstraído y á su deambular inconsciente, ajeno á las personas que le rodeaban, con las cuales no cruzó jamás palabra alguna.

ooo

Servía en el barco un camarero gaditano á quien todos llamábamos Juanillo, cariñosamente; era zalamero y sabía ganarse las propinas mejor que nadie. Unía á su diligencia de fámulo la amabilidad respetuosa de su trato, conocía á maravilla el momento de hablar y el de callar, sin confundirlos nunca, y como poseía envidiables dotes de psicólogo, siempre daba en algo que podía interesarnos. Una tarde, me dijo al servirme una cerveza:

—El amigo del zeñorito, el zeñó Zantana, parece que está enfermo.

—¿Y cómo sabes tú que es amigo mío?

—¡Ecucha! Poque le ví zaluarle.

Pensé que aquel hombre podría tal vez descubrirme la causa de la misantropía de Octavio, y aprovechando su actitud expansiva volví á preguntarle:

—Pues sí, somos amigos, ¿y qué es lo que le pasa?

Juanillo bajando la voz y en tono confidencial, contóme una historia misteriosa y extraña. Según él, Octavio había embarcado en Buenos Aires al comenzar la travesía anterior, y no volvió á poner los pies en tierra ni para renovar el pasaje.

En su camarote había ocurrido recientemente un trágico suceso. Viajaba en él un matrimonio recién casado; ella blanca, muy joven, rubia y bonita como *er zol*, según la imagen primitiva y grandiosa de Juanillo. El, era alto, moreno, comerciante de Chile, hombre adinerado y joven todavía, aunque de bastante más edad que su esposa. Esta, que no parecía feliz con su marido, desapareció una noche misteriosamente.

—Claro e que no puo perdesse ma que tirándose á la má. Dende cubierta no era fásil; er vigía la hubiera vito.

Juanillo, después de apreciar la aquiescencia que de mi parte merecieron sus deducciones policíacas, continuó:

—Como uno e así, epanzivo, po le conté lo zuzedío ar zeñorito Octavio, y como la coza le interezaba le enzeñé un libro preziozo, ezcrito en inglés de mano de la zuizada.

—¿Y de qué manera te hiciste tú con ese libro que debió llevarse el marido?

—¿El marío? Bueno ze puzo. No hizo ma que decí que zu mujé había zfo una loca toa zu vía, y que mardita la hora en que él ze había cazao. No quiso guardá ná de ella; ni retrato ni ropa. Zolamente ze llevó la alhaja. Azín que er zeñorito Octavio vió er libro, le entró un tembló, y prinsipió á ofreserme por él lo que quiziera; se lo quedó, y dende entonse, venga miralo y leelo y no queré zalí ni á tirone der barco. Yo, zeñorito, tenía eperansa de que uté lo curaze; pero ya veo que ér tiene pa uté tamién pocaz palabraz.

Un grupo de indianos entró en el salón pal-moteando. Juanillo fuese á servirlos. Y el misterio que rodeaba á Octavio clavóse en mí, obse-sionante, atormentador.

ooo

Una tarde, encontrábame sobre cubierta con-templando la magia antigua y eternamente nueva del mar incendiado por el sol moribundo, cuan-do Juanillo, mi aliado y confidente, se me acercó lleno de júbilo:

—Zeñorito, el ze-ñó Zantana quiere vele.

Gran sorpresa me produjo aquel recado. Llevába-mos doce días de navegación y ya desconfiaba de ave-riguar lo que á mi amigo le ocurría. Bajé en dos brin-cos la escalrilla que conducía á los camarotes y penetré en el de mi amigo, no sin tranquilizar antes á Juanillo que me había seguido y preguntado con gran zozobra si co-nocía bien el inglés.

La litera era am-plia y de las más lu-josas. Octavio sen-tado de espaldas á la puerta no advir-tió mi presencia hasta que le llamé repetidas veces por su nombre. Se in-corporó y tendióme los brazos ancha y fraternalmente.

Luego hubo un gran silencio que parecía irrompible; púsole fin mi amigo hablando de esta suerte:

—Perdona mi conducta egoísta; no te he llamado hasta ahora que te juzgúe útil. Perdóname. Es muy extraño todo lo que me ocurre; á ratos creo estar loco y me parece mi vida de una estupidez incom-prensible; otras veces, me tengo por el más feliz de los seres, incendiado en un amor impondera-blemente grande. Pero, en fin, hablemos. Sién-tate, deseo de tí una cosa; á cambio de ella te entregaré mi historia íntima.

Obedecí en silencio y escuché de sus labios la narración que Juanillo me había hecho, aun-que, naturalmente, cuidé mucho de disimularlo. Cuando hubo llegado á referirse al libro de me-morias, levantose y lo extrajo de un cajón del armario. Era un bello album apaisado, encuadernado en piel granate, con los cantos dorados y un nombre estampado en la cubierta: Fanny.

Octavio comenzó á decir algo nuevo que es-uché atentamente.

—Aquí apuntaba esa mujer extraordinaria las impresiones más intensas de su vida. No se tra-ta de un dietario monótono de colegiala senti-mental; en él constan episodios dispersos que llevan fechas muy distantes. Como puedes ver, antes de ahora estubo ya en mis manos.

Y me mostró una página en la que aparecía un retrato de mujer, trazado en cuatro líneas simplistas, pero con el sello inconfundible de

las obras de Octavio, que había grabado allí un busto de adolescente perfecto y misterioso. Una tez blanca, unos ojos azules y grandes, velados por las pestañas largas y áureas como el ca-bello, que era todo una mancha dorada. Aso-mado en aquellos ojos adivinábase un espíritu inmenso; eran como dos ventanas abiertas sobre el infinito. La boca breve y muy roja, la nariz recta, con un trazo lleno de fuerza y de energía, suavizada, aquietada por la serenidad inaltera-ble de los ojos. Contemplé el maravilloso dibu-jo largo rato y luego levanté la vista hacia Oc-tavio, que reanudó entonces su relato:

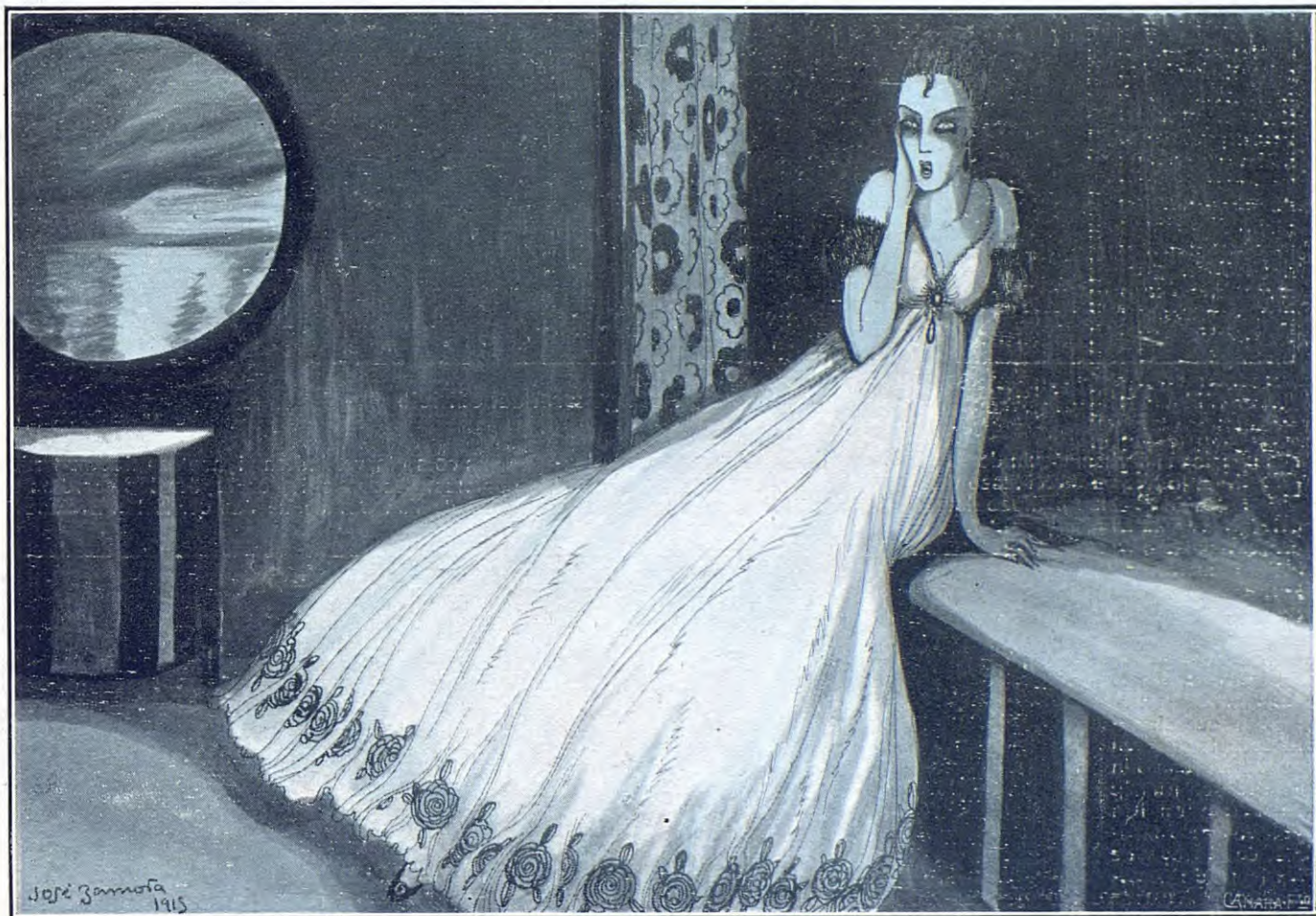
—A esa mujer la conocí en un pueblecillo de Cantabria hace tres años, cuando mi triunfo se acercaba y la fortuna comenzó á sonreírme. Fué para mí lo que tantas otras muchachas que me pedían apuntes y dibujos. Me interesaron sus ojos y la honda expresión espiritual de su sem-blante. Le hice ese apunte con toda devoción, y fui tan necio, tan estúpido, que nada supe ver en aquella muñeca frágil, blanca, alada, casi ingrá-vida, como la primavera de Botticelli.

Luego me señaló en una de las primeras pá-ginas del libro, escritas en inglés, con una letra elegante y vertical, este párrafo que él había

radamente por un gran dolor cerebral y ultra humano, señalome un párrafo que parecía es-crito de modo arbitrario yuxtaponiendo letras caprichosamente. —Lee. Para eso te he llamado, por eso conoces el secreto de este amor impos-ible. Desciframe ese enigma final que no he podido comprender. Que no comprenderás tú tampoco, porque ella es inaccesible á nuestra mezquindad.

Procuré tranquilizarle, y luego, mirando aten-tamente, conseguí desentrañar el sentido de aquellas palabras cabalísticas que eran las últi-mas del libro. y para descifrarlas Caprichosa había entreverado las letras de su remoquete. Separándolas poco á poco llegué á traducir: «Mi sufrimiento continúa. Me llama suya al mar-tirizarme. Una noche, ante el espanto de la falle-ba que suena al darle entrada, mi espíritu volará hacia el mar ó hacia una estrella.»

Octavio abrió sus ojos desmesuradamente al oír aquellas frases que insinuaban la idea del suicidio. Después, como si yo hubiese desapa-recido ante su vista, fuese hacia la ventanilla abierta. Del seno del mar habían ascendido las sombras anegando el espacio. En lo alto brillaba el encanto de las constelaciones, y entre el



subrayado de rojo: «Me llaman caprichosa. El mote lo ha inventado mamá y ha tenido un gran éxito. Todo porque me han oído hablar á mi gato. Me entiende, estoy segura.» Buscó otro lugar acotado y leyó con un gran temblor de emoción: «Caprichosa se va á casar. Dicen que ésto es muy serio. A las mujeres casadas llámanlas de fulano; este de me irrita. Pero qué importa, si yo seguiré siendo mía en mi espí-ritu.» Y más adelante: «Sufro horriblemente, él es brutal; jamás se acercó á mi espíritu, y con vio-lencia penetró en mi carne.» Octavio tornó á mirarme silenciosamente como si quisiera per-suadirse de que yo comprendía el alma de aque-lla mujer, y leyó de nuevo. «Qué hermosos el mar y la noche. Mi cuerpecillo es tan flaco que cabe por la ventana del camarote. Me gustaría zambullirle en el agua y contemplarle desde aquí.»

Mi amigo, terriblemente excitado, acercóse me y me sacudió los brazos nerviosamente: —¿Te haces cargo? ¿Ves cómo se desprende el espí-ritu infinito, universal, de la cárcel del cuerpo? ¿Adivinas cómo en ella no influía lo sensual sobre el espíritu, sino que éste era superior y lo llenaba todo?

Cada vez más exaltado, recorría el camarote como una fiera en su cubil. Llorando desespe-

sordo debatir de las olas escuché la voz de mi amigo interrogando al infinito. —Espíritu in-mortal que lo llenas todo, alma universal é in-comprendida mientras estuviste en la tierra. Esencia que no puede morir, ¿á dónde has ido? Ven, yo te espero. Irradiaste aquí tu espíritu. Todo el barco está saturado de ti. Ven, te espe-raré aquí siempre...

ooo

Precisábanse ya en la lejanía las costas as-turianas y mi labor había sido inútil. Octavio Santana continuaba aferrado en su locura de permanecer para siempre á bordo. Llegó el mo-mento de desembarcar y con lágrimas en los ojos despedirme de él.

En la noche recorrí la ciudad con ese andar trémulo y gozoso de los navegantes que asien-tan sus pies en tierra firme. Desde una calle amplia que se extendía á lo largo de la playa, divisé el trasatlántico, cruzando las tinieblas, iluminado fantásticamente. La combinación de sus luces fingía un jaulón inmenso flotando en el mar á la ventura. Y en él mi pobre amigo, loco, preso en el encantamiento de aquella ama-da inverosímil.

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO

DIBUJOS DE ZAMORA

LOS GRANDES MUSEOS DE EUROPA

EL MUSEO REAL DE AMSTERDAM



Vista general del edificio

SIGNIFICA el Ryksmuseum de Amsterdam respecto de la pintura holandesa, lo que nuestro Museo del Prado respecto de la pintura española. Todo el maravilloso florecimiento de los pintores holandeses

del siglo XVII, aquel desbordamiento de bello realismo, de intensa expresión de vida, de magnífica riqueza documental para conocimiento de tipos, costumbres y ambientes, que ninguna escuela europea ha dejado como la holandesa, puede estudiarse en las galerías de Amberes, de El Haya, de Harlem, de Amsterdam.

El Ryksmuseum es relativamente moderno. Data de unos quince ó veinte años respondiendo á la necesidad de reunir en un solo edificio lo que estaba repartido en varias pinacotecas y colecciones.

Se constituyó, pues, con los ejemplares pictóricos y escultóricos, con las reproducciones arquitectónicas, las piezas arqueológicas y las armas del Trippenhuis, el Museo Van der Hoop y la «Sociedad de Arte Antiguo».

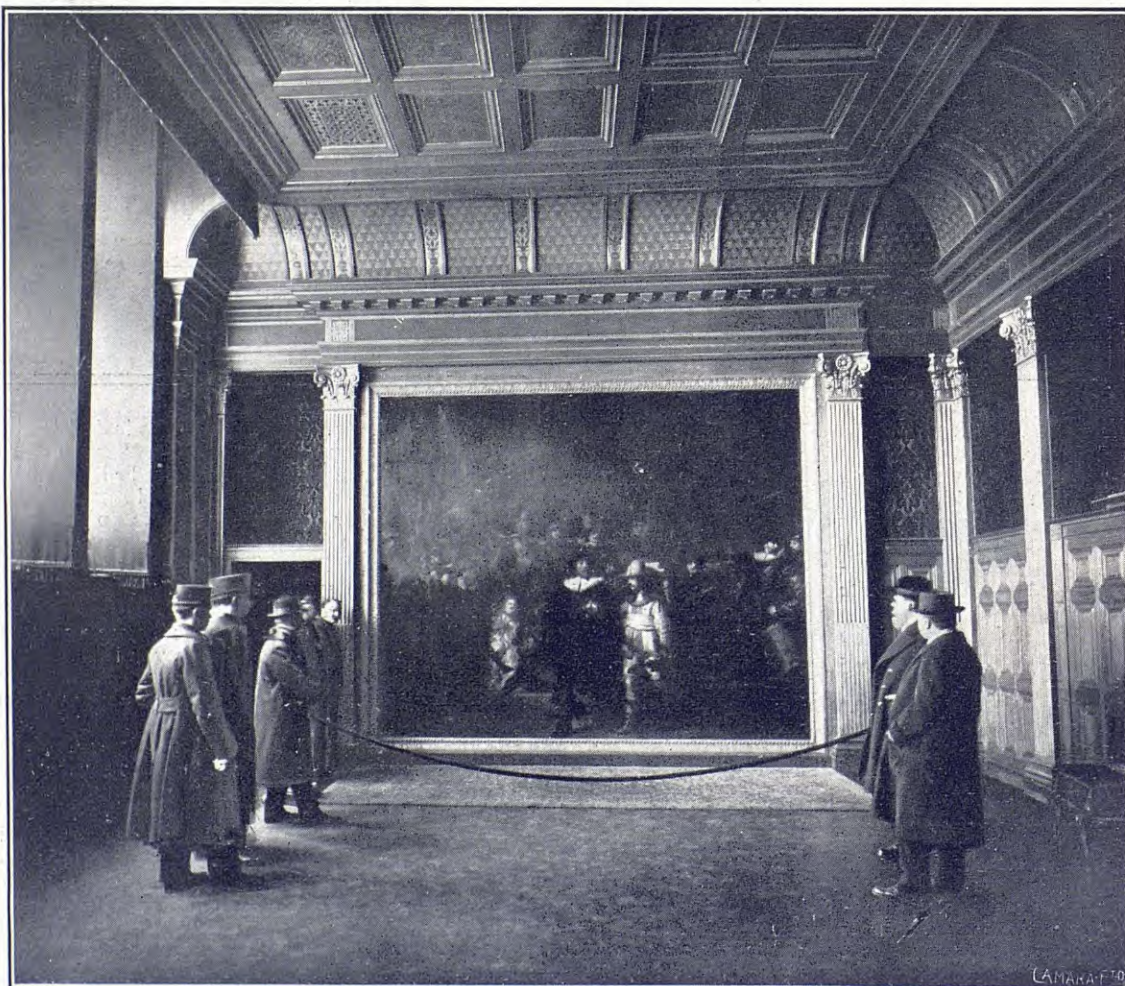
El más valioso contingente de obras maestras dió la Galería Trippenhuis, considerada antes de la creación del Ryksmu-

seum como la verdadera pinacoteca de Amsterdam, á la que acudían los copistas, deseosos de sorprender los secretos de Rembrandt, de Franz Hals, de Van Ostade, de Van der Helst. Era una antigua casa patricia perteneciente á la familia Trip, muchos de cuyos miembros ocuparon altos puestos en el gobierno de los Países Bajos, algunos de los cuales fueron burgomaestres de Amsterdam y que tenían ascendientes directos en los antiguos modelos de los maestros del siglo XVII.

El Real Museo se divide en varias secciones á cual más notable y bien nutrida de piezas importantes.

En la sala principal, llamada también *Gran Sala*, se exhiben curiosos ejemplares arqueológicos y arquitectónicos. En el llamado *Gran Vestíbulo* está la colección de esculturas italianas, francesas y holandesas, destacándose, en primer término, el busto del célebre actor Bouwmeester, hecho por Toon Dupuis.

En la sala de armas rodean á la estatua del famoso almirante De Ruyter, una espléndida colección de cañones, banderas, espadas y fusiles que hablan de los siglos pretéritos y de



Sala de "La ronda nocturna", donde el magnífico lienzo de Rembrandt, gracias á una disposición especial de las luces, está iluminado por completo y á oscuras el resto de la sala

las luchas terribles contra la poderosa España.

Pero la verdadera magnificencia del Ryksmuseum la constituyen los cuadros. Bastaría sólo el nombre de Rembrandt Van Ryn, para darle una aureola grandiosa y hacerle digno de emocionadas peregrinaciones estéticas. Y, sin embargo, aún contiene otras bellezas que si no alcanzan á las eternas del genio de la pintura holandesa, merecen también ser contempladas y admiradas: *El príncipe Guillermo II de Orange y su esposa Enriqueta María Stuardo*, de Van Dyck; un paisaje de Pablo Potter, el autor del admirabilísimo *Toro* de la Galería Real de El Haya; *La Plaza de Dam en Amsterdam*, de Van der Heyden; *La reprensión paternal*, de Terboch; *El cañonazo*, de Van der Velde; *El molino de Vijk*, de Ruisdael; la serie prodigiosa de Jan Steen, sobre la cual se destaca el encantador lienzo *La enferma de amor*. De Franz Hals, hay el cuadro de *Una corporación*, pintado en colaboración con Pieter Codde, *El alegre bebedor*, *El loco* y *Retrato del artista y su esposa*.

Hállanse también las dos joyas de Bartolomé Van der Helts, el rival de



La sala de armas

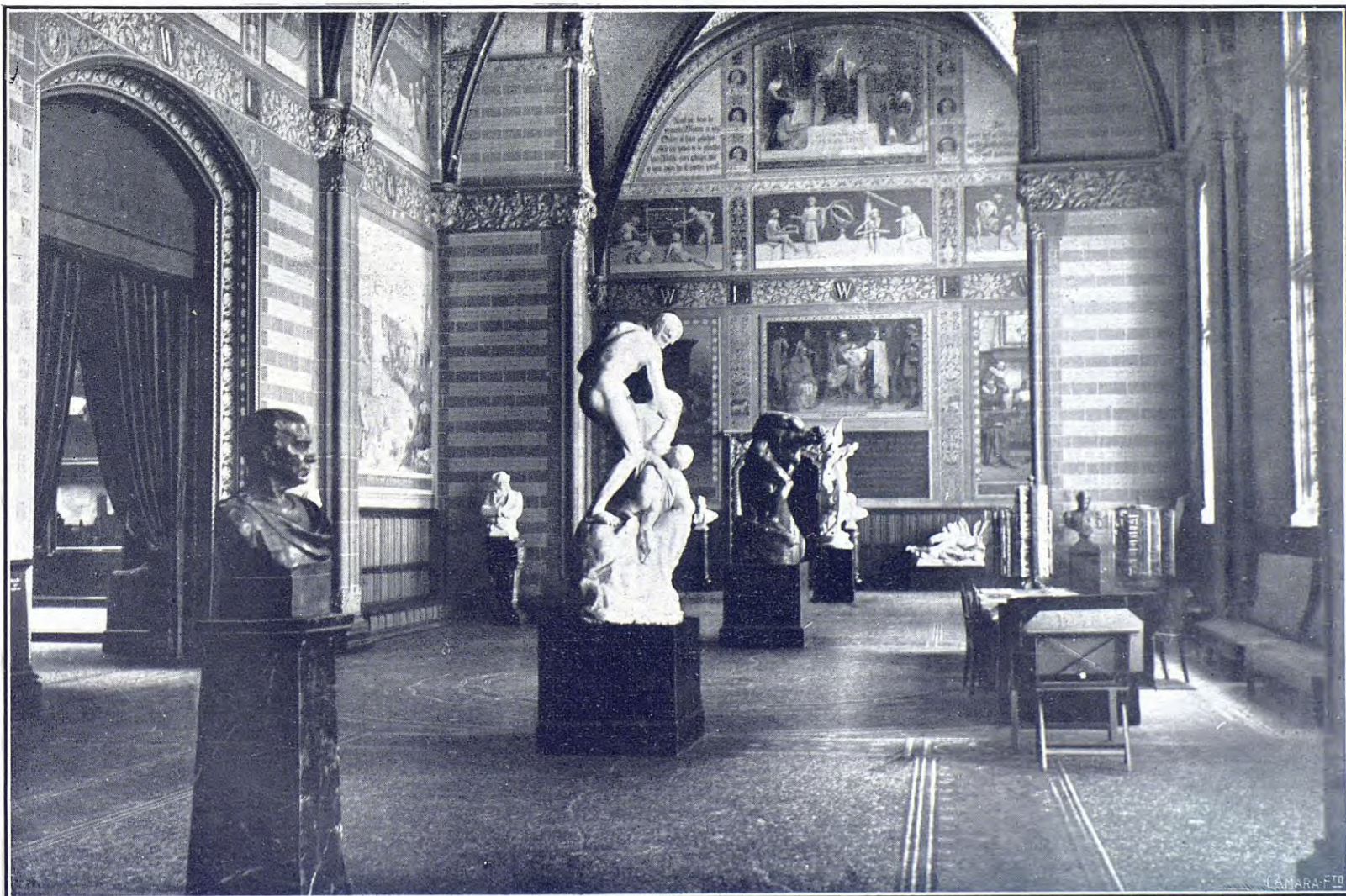
Rembrandt: *El banquete de los arcabuceros* y *La Compañía del Capitán Bidser*, sin que ninguno de estos cuadros pueda resistir la comparación de *La Ronda de Noche*.

¡*La Ronda de Noche*! He aquí una de las cinco ó seis obras perfectas, intangibles, de todos los siglos y de todas las naciones. Desde el año 1906, con motivo del Centenario del nacimiento de Rembrandt, se colocó esta obra excepcional en una sala aparte con especiales disposiciones de luz, para que resaltara en toda su portentosa magnificencia.

Así, como entrando á la capilla reservada de un gran templo, es como podemos acercarnos á la obra maestra no sólo de la pintura holandesa, sino tal vez de todo el siglo XVII que tantas y tan extraordinarias produjo.

Su luz no es natural ni artificial; poco importa que el cuadro esté pintado de noche ó de día. Es la luz de Rembrandt y basta. Su luz, que nadie antes ni después de él pudo ni podrá pintar ni con antorchas, como dice Steenhogg, ó copiando los oros interiores de los molinos holandeses, como dice Zilken.

SILVIO LAGO



El gran vestibulo

FOTS. HUGELMANN

LOS MUSEOS DE EUROPA



La gran sala del Museo Real de Amsterdam, consagrada á obras escultóricas y arquitectónicas

FOT. HUGELMANN

=Varela de Seijas=



SEÑOR AMOR

A EMILIO CARRÈRE

Ya que me das la fiebre de esta sed infinita,
ya que así me flagelas con tu mano rosada,
ya que marchita
se quedó mi vibrante juventud encantada,
dame la mano amante, la boca femenina
que cure las heridas y que endulce el dolor...
Dame la boca roja y la voz cristalina,
Señor Amor.

Señor Amor, señor de todas las edades,
ya que eres el tirano perenne de mi vida,
ya que llenaste el alma de negras liviandades
y atenas mi carne con tu mano florida,
apaga esta implacable sed de raros placeres
que abrasa cruelmente mis labios condenados.
Sean las mujeres
como botín de guerra de mis negros pecados.

Señor Amor, señor que á todo das tu ley:
al gusano y la estrella, á la espina y la rosa,

al mendigo y al rey
y á toda cosa,
pon sobre esta tristeza de mi vida baldía
el milagro ardoroso de una mujer constante,
pon la alegría
de una rosa perenne y armoniosa y frágante.

Señor Amor, señor de todos los consue'os,
aparta de mis labios el cáliz de los celos
y librame del cruento zarpazo del Dolor,
Señor Amor.

Y al final del camino, al cruzar el inerte
lago, donde navega la barca de la Muerte,
hazme aroma de nardo, polvareda de estrellas
ó agua clara en la acequia donde boga una flor,
para seguir amando todas las cosas bellas,
Señor Amor.

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

EN LA CUNA DE LA PATRIA

COVADONGA

En la cima de un monte cubierto de verdor, se descubre desde lejos la Basílica de Covadonga.

Las torres del santuario venerado, lanzan al cielo sus agujas, que coronan cruces de flores en símbolo de fe.

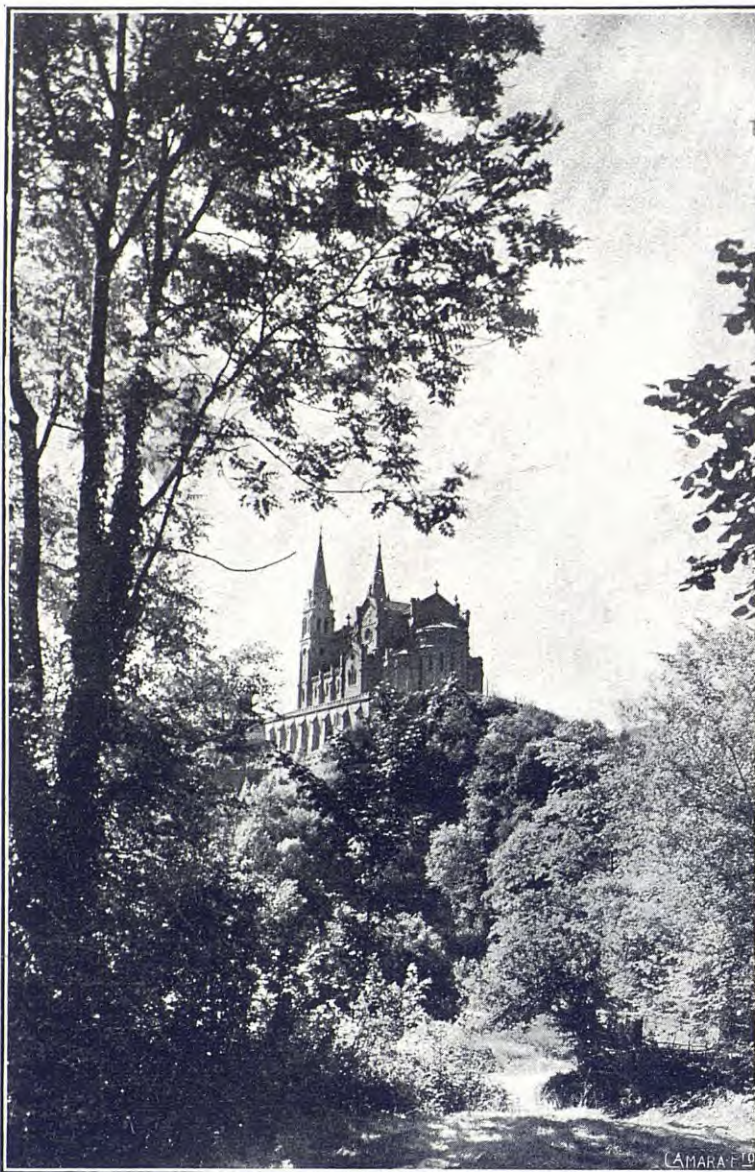
Entre riscos y picachos alpestres de líneas bizarras, se asciende al lugar sagrado, cuna de la patria y archivo de la heroica leyenda.

El paisaje es seductor por lo grandioso: la exuberante cordillera feraz, da relieve a esta tierra asturiana, bello vergel que nada envidia a la idílica Suiza.

Ascendiendo por los confines de León, se sigue la carretera atrevida, guiada por el Sella, cuyas aguas limpiísimas fertilizan el remanso, donde el caserío alberga gentes de arcaica sencillez encantadora. El valle es angosto y sinuoso, entre revueltas brucas que ocultan el curso de la corriente y las sucesivas facecias ribereñas.

Cabe al río, sigue la ruta hasta Cangas de Onís, el más atrevido contorno de las rutas españolas. Ingentes montañas de roca á imponente altura, cortan verticales hasta el borde del camino: otras, rebosantes de arbolado, con laderas mimosas de verde esmeralda, donde la hierba crece sin cesar: allá una casita blanca con sus hórreos y niazos, arriba un pueblecito escalonado, que cual nido de águilas vive lejos del mundo civil en paradisiaca paz. Vueltas rápidas dan la impresión de acabar la carretera y tienen salida en puentes de hierro engarzados en muros pizarrosos; algún puentecillo romano forrado de musgo y hasta túneles horadando el granito de estos montes singulares...

Desde Cangas, entra la región de Onís, menos áspera y gigante pero más dulce en sus montañas. Ostenta su plástica, la pródiga belleza de la tierra maternal, cuyos jugos dan savia a los castaños, avellanas y maizales que alternan con praderas nunca agostadas, cuya frescura riega mimoso el *orbayo* con su rociar incesante y tranquilo. Algún chopo, erguido con orgullo de hidalgo, interrumpe el suelo de los prados y destaca entre carrascos, y las vacas fecundas, venero de la industria campesina, pastan la hierba sustanciosa, levadura de leche y mantequilla.



La basílica de Covadonga

FOT. HIELSCHER

El paisaje es ya apacible, lujurante: el Auseba, corre torrentoso como serpiente de plata.

Cruza con frecuencia el camino un tren de vía estrecha, y se advierten los recuerdos que fraguaron la leyenda de la época inmortal. «El resbalón de la mula» dice una inscripción sobre las ranuras de un pedrusco, donde la imagina-

ción infantil coloca el suceso rotulado, refiriéndolo al corcel de Don Pelayo. «El campo de la jura» donde habitara el héroe celebrado; «el Repelao» (de Rey Pelayo) que marca un obelisco y señala el lugar donde se proclamara rey al caudillo triunfador...

Todo son remembranzas de la batalla, cuyo eco desde la lejanía secular de la Historia, resuena aún con voces de júbilo y gritos de victoria en estos sencillos montañeses. Su espíritu indomable y bravo, se refleja en su mirada y en el acento viril con que narran la tradición.

Un vigoroso astur, espíritu silvestre, oreado en la sana bondad de la montaña, protestaba indignado al referirla cuando aludía a los innovadores «eruditos» que niegan hoy su realidad que late en toda la vida española con afirmación de dogma.

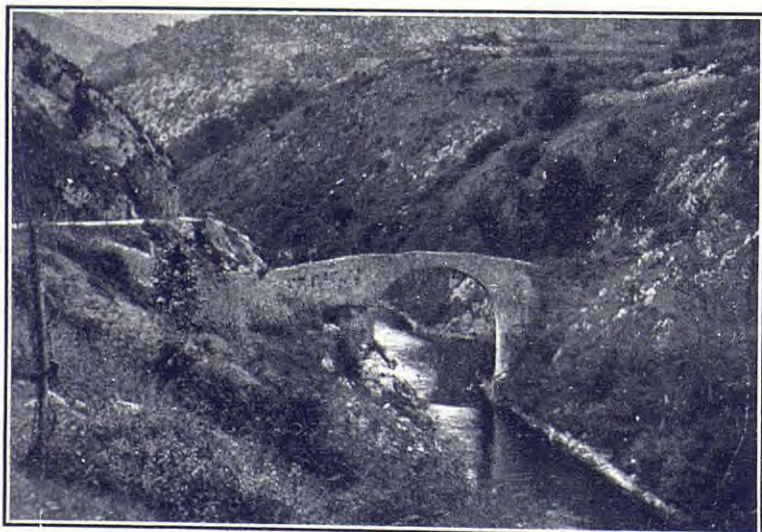
Hablaba con razón el sencillo mozo, porque es la tradición en la historia de los pueblos, flor fragante que perfuma su alma con aromas de patriotismo: el negarlas, es arrancar del alma nacional un manantial de energía que genera virtudes de patria y de amor.

Concluida la ascensión, se ofrece a la vista con súbita mirada de grandeza, la magna roca que quiebra en la gruta santa donde se inició un día de inolvidable memoria, la épica guerra de la Reconquista en que al calor de la fe y de la patria se forjó el alma española...

La mente contempla con religiosa emoción el lugar de la gesta famosa, y junto al sepulcro de Pelayo y el primer Alfonso, sitios en la gruta, se escapa una plegaria a la *Santina*, la Virgen de la leyenda cristiana, en aquel templo que tiene por bóveda la roca que cobijó los héroes, por torres las montañas y por incienso el perfume de la leyenda más gloriosa...

Y es sentida la oración, impregnada de recuerdos ancestrales, matizada de religioso entusiasmo: es la plegaria de la lígrima tradición española, el ruego de que blinde el alma nacional de castisismo, para que no la adultere el vienteillo colado que extrangeriza nuestro ser y olvida nuestra historia, fuente inagotable de vigor y de grandeza.

EUSEBIO DIAZ



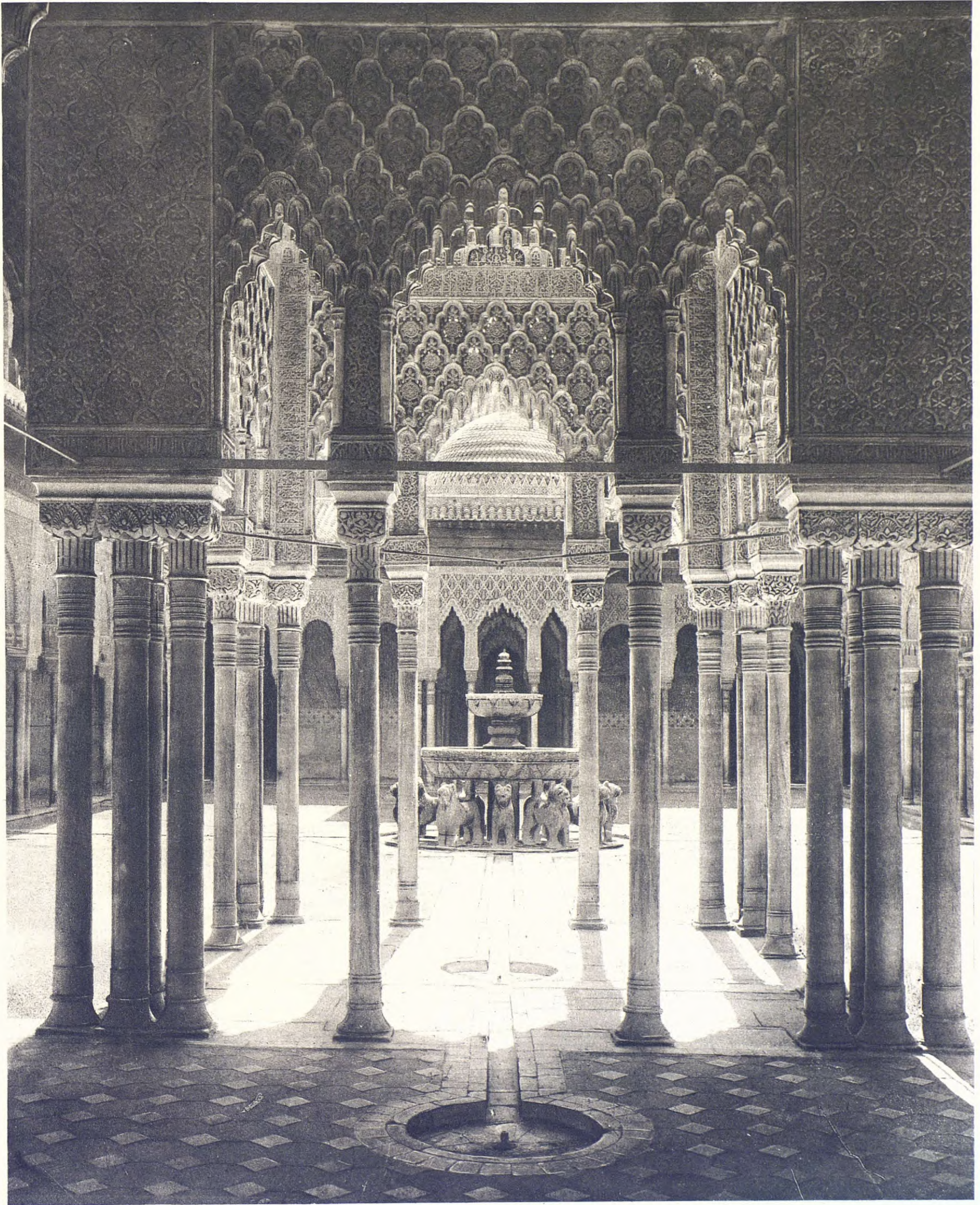
Carretera a la Hermida



Puente romano en Cangas de Onís

LA ESFERA

MONUMENTOS DE ESPAÑA



EL PATIO DE LOS LEONES DE LA ALHAMBRA, DE GRANADA

Fot. Torres Molina



COSTAS DE MÁLAGA

Fotografía de Ruano Bolívar

LA ESFERA

RINCONES GRANADINOS



ALGIBE DE TRILLO EN EL ALBAICÍN, DE GRANADA

Fot. Torres Molina

MIRANDO AL PASADO

MADRILEÑAS CASTIZAS

DIFÍCILMENTE se hallarán en toda España unas mujeres más apegadas á las tradiciones y á las rancias costumbres que las madrileñas castizas.

Particularmente las de otro tiempo, aquellas que vivían con una uniformidad singular dictada por la experiencia y el conocimiento del mundo, éranse como un reloj que fuera marcando los días y las horas de todo el año: San Antón, Carnaval, Semana Santa, las corridas de toros, Dos de Mayo, San Isidro, las verbenas, la Feria, Todos los Santos, San Eugenio, Navidad...

Y tener presente estas fechas, era no quedarse sin probar los roscones de Reyes, las tortas de confites, las empanadas cuaresmales, las rosquillas de la *tía Javiera*, las sandías y melones, las castañas asadas, las bellotas, el turrón y las monas de Pascua.

No se crea por ésto, que hablamos exclusivamente de las artesanas, sino que queremos también referirnos á las damas de esclarecido linaje, que de vez en cuando abandonaban sus casas apacibles y apartadas, donde estaban admirablemente servidas por unos criados de conciencia bien experimentada, que eran como un individuo más de la familia, á quien se consultaba frecuentemente y se dejaba alternar con las visitas. De tal guisa, no extrañábanse los transeúntes que en las calles céntricas y junto á los altares adornados con macetas y encajes, veíanse detenidos por una de aquellas damas, diciéndoles con dulzura: «Caballero, caballero, un cuartito para la cruz de Mayo».

Porque eso sí; las madrileñas castizas, lo mismo alternaban con los toreros en las romerías y verbenas, que acudían á los besamanos de Palacio, luciendo la clásica mantilla que apenas se separaba de sus cabezas. Igual subían de trapillo al calesín, que ataviábanse con las mejores galas para ruar el día del Corpus, ver bajo toldo la procesión y beber en salvilla el refresco de canela ó el agua de nieve con panales.

Aquellas admirables y ejemplares mujeres—nuestras madres y abuelas—levantábanse con el sol. Oían misa en la iglesia más cercana, antes de tomar el jicarón de chocolate con bollos y tostadas. Leían el *Diario*, de cabo á rabo. Cuidaban, después, á sus canarios. A la hora del «garbanzo» hacíanse servir el cocido español. Dormían la siesta un par de horas. Luego, á pasear por las afueras. De regreso, otro sconeusco con refresco. Rezaban inmediatamente el rosario y se ponían á jugar á la malilla. Cenaban á las nueve en punto. Y al dar las diez campanadas, ya estaban metidas entre sábanas, puesto que al teatro solo iban los días de cumpleaños, aquellos mismos días en los que un afamado maestro tocaba el violín y la concurrencia saboreaba los hojaldres de casa de Botín.

¿Cómo eran sus habitaciones? Amplias, pero destartalladas, de altos techos envigados, rojas baldosas y ventanas pequeñas. Las paredes, ocultas tras los grandes cuadros y los tapices tejidos en fina estofa. Al lado de los sillones de vaqueta, las colgaduras de damasco. Junto á los bufetes, los armarios enrejados. Y

por encima de todo, las arañas de diez y doce brazos.

¿Qué no decir del brasero? Indispensable en todas las casas, érase como un amigo de suprema confianza en las tertulias y un mueble utilísimo del cual se servían lo mismo para calentar la papilla que para secar los pañales del chiquitín de la casa. Antes de *echar una firma* sobre la ceniza, su dueña dejaba caer un puñado de espliego ó una cáscara de membrillo, cuyo humo perfumaba la estancia.

Al amor del brasero, sorteábanse los estrechos la vieja noche de San Silvestre; partíanse los piñones tostados y las avellanas verdes; encendíase un cabo de vela y rezábase el *Angelus Domini* cuando había tormenta; y escuchan-

do la lectura de la «Guía de pecadores», cosíase el traje de primera comunión.

Así eran las madrileñas castizas de otra edad; las que viviendo severa y comedidamente, sentían, sin embargo, correr por sus venas la manolera, la alegría populachera, la algazara tumultuosa del pueblo.

Y si se les preguntaba por las cosas que habían conocido, respondían como un breviario de leyenda: Yo subí por las gradas de San Felipe. Yo he visto abrir el paseo de Recoletos y la plaza de Bilbao. Yo he presenciado la inauguración del asilo de San Bernardino. Yo he visitado el Seminario de Nobles.

ANTONIO VELASCO ZAZO



Dama madrileña de mediados del siglo XIX, tocada con la clásica mantilla



REINOSANO

Ponte, amigo del llano,
la capa de montaña y la montera,
y bajemos al valle reinosano
cruzando la pradera...

Chirran lejos, con áspero chirrido,
con un acre ruido,
los ejes al rodar de la carreta...
De Pas y de Campóo, se acerca uncido
el pensativo buey... La vaca inquieta
trisca y rumia en los verdes pastizales
entre los terneros recientes
y los bravos novillos sementales...
Los campurrianos vaquerizos,
los zagalones boyerizos,
acucian las toradas
por caminos, veredas y rodadas,
y vienen al ferial... Bien temprano
el ventarrón lleve las neblinas,
y en la calma serena, el campanero
ha tocado á domingo. ¡Cristalinas
sonaron las campanas!... Las neveras
tienen claras de sol, y los tejados
bermejos sobre el verde de los prados
en la serenidad de las praderas
refulgen empinados.
Se destaca de nieve la montaña.
Y en la verde llanura,
el heno fresco huele, y la guadaña
en la siega fulgura.
El Ebro va somero
llegando de Fontibre,
y al marchar prisionero

para tornarse en la Rioja libre,
solloza bajo el arco de la puente
saltarán en la presa,
y sigue lentamente
su silencioso viaje,
en el verde paisaje
de esta tabla holandesa...

Iremos por la tarde á las aldeas,
para que en ellas veas
escenas de Teniers. El primitivo
baile casto. La rueda
de movimiento vivo,
que trenzan, al amor de la arboleda
con un ritmo ligero,
la tonada y el golpe del pandero.

Mas, vamos á la villa reinosana.
Es noble y es severa, grande y fría.
De piedra toda, en su solar, hermana
su hidalgo escudo con su villanía,
Palacios y portones,
aldabones,
y volados balcones
donde la sombra silenciosa queda
de los viejos hidalgos de Pereda.
Y un mover comercial de pesa y mide
en la rua central que la divide.
Tiene toda la rua soportales,
arcos de piedra, porches altaneros,
y encima de los arcos, miraderos,
todos cuadrículados de cristales.
Pasemos por el porche. Cada tienda

cuelga de su pilar su mercancía.
Aquí la cera en cirios, para ofrenda,
y allá cordelería,
hoces, yugos, guadañas, botijillos,
sayas y pañolillos,
canastas, mantequilla,
y el afamado queso y pantorrilla.
La piel del oso que cazara en Saja
el curtidor trabaja;
y la casera
trae la nítida leche en la lechera,
la espuma, el requesón, y la cuajada
en la odrina tallada,
con rústico primor, en la madera.
Mas pasó el mediodía...
Se fueron los ganados
y descolgaron su mercadería
los comercios cerrados.
Ya vuelven las ventiscas altaneras.
El viento sopla y se levanta frío.

... Cruzando las praderas,
vamos á la montaña, amigo mío!...
Huyamos la inclemencia reinosana,
que es clara de cristal á la mañana,
y al caer de la tarde cielo espeso,
y un frío que se mete por el hueso...

Vamos á la montaña, amigo mío,
que es en el corazón, donde está el frío...

Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

DIBUJO DE CÉSAR FERNÁNDEZ ARDAVÍN



LAS NUEVAS TONADAS

Cuando yo conocí a Miguel Rudagüera vivía obscuramente en una villa castellana de aspecto vetusto y señorial. Era alto y flaco, tenía los ojos miopes y lucía unas guedejas rubias y lacias. Se hacía llamar de sus amigos el Hidalgo de Sotoclaro, porque en el pueblo de este nombre había heredado de sus abuelos una casona triste y vieja y unas tierras secas y estériles.

Rudagüera llevaba una juventud monótona y contemplativa, sin ruidos, alborotos, ni rebelías. Componía versos a la manera clásica, que publicaba todos los domingos en un periódico pagado por el cacique. Las muchachas burguesas no entendían bien aquellas estrofas que tenían la gravedad del mármol y la esbeltez de una columna. Ellas, las pobres, habían educado su espíritu en las rimas de Gustavo Adolfo y hallaban mudos, sin pasión y sin alma, los versos del poeta local, que eran serenos y rotundos, como los sonetos de Heredia.

Un día cayó en las manos del Hidalgo de Sotoclaro un libro de Verlaine. Bajo los porches de la plaza lo leyó de un tirón bebiendo sin reposo el veneno de sus páginas y por la noche, en la tertulia del café, recitó unas estrofas extrañas y diabólicas. Sus amigos vieron en sus ojos cegatos el brillo de una llama que ondulaba y se retorció como una sierpe.

Desde entonces se sintió el poeta acuciado por el deseo de ver el mundo y sus sueños fueron como alondras que querían volar. Le horrorizaba su pasado y abominaba con palabras rebeldes de su vida serena y contemplativa y de sus versos clásicos. De repente, había nacido en sus entrañas una brava locura que le empujaba por caminos de aventura y de juventud. Ya no se acordó más del periódico del cacique, ni engalanó las columnas domingueras con sus rotundos endecasílabos. Parecía que su alma estaba en el alborar de una vida nueva. Se despidió de sus amigos, y se plantó en Madrid.

Aquí paseó muchas veces, a la luz de la luna,

la extremada delgadez de su cuerpo, y el vientecillo de la noche sacudió sus melenas rubias y lacias que coronaba con un sombrero abarquillado a la chamberga. Después de un cruel aprendizaje en las aulas del infortunio, veló sus armas de caballero de Diana e ingresó en la Orden de Nuestra Señora la Bohemia. Y ya tuvo bastante para no acordarse ni en sueños, de su villa castellana, ni de sus tierras de Sotoclaro.

Entonces volví a verle. Le hallé más flaco y con las guedejas más largas. Ya no escribía versos a la manera clásica y sus estrofas tenían rítmicos extraños y cadencias nuevas. Era el suyo un arte arbitrario, iconoclasta y rebelde, palpitaciones de su alma inquieta y conturbada en una lucha contra enemigos imaginarios. Muchos días pasaba frío y hambre, porque nunca fueron los versos, desde Homero hasta Carrère, caudal de buena renta; pero su voluntad no parecía abandonarse al desmayo, y si alguna vez lo sintió logró sobreponerse a su derrota y levantar su espíritu de entre sus propias ruinas.

Tenía Rudagüera por amigos a un músico y un pintor, también oscuros, ignorados y soñadores. Y estos tres hijos de la Casualidad, andantes caballeros de la Libertad y enamorados de la Luna, hallaron, quizás, consuelo, inspiración y regazo en un amor femenino, que era unas veces firme y leal como el de Mimi y otras veces inconstante y volandero como el de Musetta. Los tres amigos, cofrades de una misma Hermandad, emprendieron juntos la conquista del mundo.

Estos conquistadores de hogaño ya no llevan chambergo ni tizona, como aquellos hidalgos españoles que pasearon por el planeta el viejo orgullo de la raza. Sus pinceles y madrigales son las armas para la lucha y sus sueños forman un penacho ideal tan gallardo y encendido como el de Cyrano. He aquí cómo el hidalgo de Sotoclaro se lanzó a la imaginaria palestra con un poema que él llamaba de las Nuevas Tonadas, unas estrofas cálidas y vibrantes que tenían

sonoridades de Verhaeren, rebeldías de Guerra Junqueiro y demoníacas tentaciones de Baudelaire. Era un canto a la tierra, que el poeta adoraba como a madre inmortal y en la que hallaba balanceos de cuna, caricias de regazo y honduras de sepulcro.

A la luz de una tarde de otoño, el hidalgo de Sotoclaro leyó las Nuevas Tonadas a sus camaradas de ilusión y de versos. El crepúsculo, besando los cristales de una angosta ventana, apenumbra la estancia y ponía en los muebles de una venerable antigüedad, débiles pinceladas de ópalo. Y en el silencio de la tarde, las estrofas eran como besos de un alma desgarrada por la angustia desde su lejana separación de la tierra-cuna. Algunas veces, temblaba la voz del mozo castellano, mientras leía, y sus ojos se mojaron de lágrimas.

Ya no le volví a ver. Las calles madrileñas dejaron de ser escenario de su aventura y ya no paseaba por ellas sus guedejas lacias y su sombrero a la chamberga. Había tomado rumbos desconocidos, como si su afán andariego le empujara a pasear sus sueños de poeta bajo las claridades de un nuevo sol.

En el bullicio de la calle de Alcalá, el pintor bohemio me dió la noticia. La Luna había perdido uno de sus amantes, sin que por eso se vistiera con tocas de viudez.

—La tierra le llamaba y se lo ha tragado. Ha debido desposarse con ella y ahora celebra acaso su pascua nupcial.

Poco después supe que Miguel Rudagüera se había reintegrado a su pueblo castellano. En las tierras secas y estériles, heredadas de sus abuelos, leía por las tardes los versos de su poema de las Nuevas Tonadas. La última estrofa era siempre un beso de sus labios sobre el barbecho. Todos sus paisanos le llamaban ya el Hidalgo de Sotoclaro.

José MONTERO

FOTOGRAFÍA DE PRAST



EL TEATRO EXTRANJERO

LA COMEDIA FRANCESA EN MADRID



MLLE. BARTET

MLLE. JANE FABER

La Compañía de la Comedia Francesa que viene, en pleno, á dar en Madrid cinco representaciones, en nada se asemeja ni guarda relación alguna con cualesquiera otras compañías de comediantes. Una compañía teatral es siempre una sociedad privada, de régimen libre y caprichoso. La Comedia Francesa es, por el contrario, una organización oficial,



MR. SILVANI

lucionario. Pero, como quiera que lo que hoy es revolucionario será pasado mañana conservador, y lo que hoy es insólito será pasado mañana acostumbrado por obra del tiempo y del uso repetido, sin duda se impone la necesidad de admitir como provechosos y aun necesarios aquellos organismos cuya misión consiste en conservar los sucesivos intentos revolu-



MLLE. YVONNE LIFRAUD

de régimen cerrado y constante, desde el punto en que fué creada. Se podrá discutir si la intromisión oficial perjudica ó por el contrario favorece el desarrollo de las artes. Evidentemente, un organismo artístico, que en alguna manera depende del Estado, será siempre y por naturaleza desafecto, cuando no adversario hostil, de toda forma nueva de arte, de todo intento revo-



MLLE. COLONNE ROMANO



MLLE. WEBER

rios cuando ya han dejado de ser revolucionarios por haberse convertido en acostumbrados, esto es, en clásicos, evitando que se olviden y diluyan esterilmente en el pasado y encadenándolos en orden y tal como se fueron engendrando los unos de los otros, de suerte que constituyan una tradición permanente y viva. Tal es la función que cumplen, ó, al menos, deben cumplir las Academias; la de ofrecer, en un momento dado, la estructura actual de un arte ó de un material estético, y, al propio tiempo, dentro de la estructura actual, las varias estructuras históricas que le antecedieron, encajadas recónditamente las unas dentro de las otras, al modo, si se nos permite la comparación, de esas cajitas japonesas que se van guardando á sí propias de mayor á menor. Por ejemplo: el último diccionario de la Academia contiene el vocabulario de todas las ediciones anteriores, mas un número de nuevas expresiones orales que desde la penúltima edición se han inventado, popularizado y recibido como buenas. La próxima edición contendrá á su vez muchas de las voces que todavía escandalizan á los puristas. Y así sucesivamente.



MR. ALBERT LAMBERT

Francia es el país de las Academias oficiales. De ella han tomado esta institución los demás países, remediando en todo el modelo francés. La Comedia Francesa se puede calificar de Academia de arte dramático. De las demás academias ya hemos indicado que se podrá discutir su utilidad. Pero no cabe, en nuestro sentir, la discusión sobre la utilidad de esta Academia de arte dramático. Porque claro está que la tradición literaria se conservaría aun cuando no existiera Academia de la Lengua; basta con que haya bibliotecas. Como la tradición de la pintura se conservaría lo mismo sin Academia de Bellas Artes; basta con que haya museos. Pero la tradición del arte escénico, ¿cómo se hubiera conservado en Francia sin la Comedia Francesa? Apuntemos de paso que Francia es el único país en donde se mantiene pura la tradición del arte escénico.

Traslademos al arte escénico el ejemplo que antes poníamos de los diccionarios. Se trata del actor Silvain, en el papel de Alceste, del Misántropo, por Moliere. Si se tratase de otro cómico cualquiera, en otro papel cualquiera y en cualquiera otro país, público y crítica se conformarían con juzgarle diciendo que les había gustado ó que no les había gustado, que les había emocionado ó que no les había emocionado; en todo caso sería una opinión impresionista, que no un fallo, ya que para fallar hacen falta normas de juicio y términos de comparación. Pero en París no sucede esto. A Silvain en Alceste se le juzga en cuanto significa la fase presente de una tradición de dos siglos, desde el estreno del Misántropo. Se le compara, desde luego, con el actor de la Comedia Francesa que le precedió inmediatamente en la personificación escénica del perso-



MR. GEORGES BERR

naje (en este caso, el gran actor Gustavo Worms), y así se decide si Silvain ha incorporado el carácter de Alceste tomándolo en el mismo punto que Worms lo había dejado, ó si, por el contrario, lo ha enriquecido con nuevos matices de interpretación. Y no se detiene aquí el juicio, sino que se retrotrae á la revisión de los intérpretes más famosos de Alceste, todos los cuales de consuno han contribuido á componer el tipo, recogiendo los aciertos de los predecesores y aportando nuevos detalles hasta elevarlo al grado de perfecta formación con que ahora se nos aparece.

La poquedad del espacio nos impide referir algunas vicisitudes históricas de la Comedia Francesa, así como hablar de su curiosa organización y régimen interior y de la comisión de lectura y admisión de obras (pues ha de notarse que la Comedia Francesa representa así obras clásicas como modernas, si bien lo más interesante es la representación del repertorio clásico, por las razones apuntadas y por ser única en este género la compañía). Quédense para otra ocasión todos estos pormenores.

Por aparecer su retrato en estas páginas, aludimos tan solo á algunos de los asociados de la Comedia Francesa. Silvain es el actual decano de la Sociedad. Sustituyó en el cargo á Mounet-Sully, conocido del público madrileño. Silvain es actor trágico. Es además autor. Ha hecho algunas traducciones del teatro griego, entre ellas un arreglo de Prometeo. Actores trágicos son también Paul Mounet, característico, y Lambert, hijo, galán joven, ambos notabilísimos. Berr y Ravet son actores cómicos: el primero, afortunado intérprete de Moliere; el segundo, igualmente nombrado en lo moderno como en lo clásico. De las actrices, ocupa el lugar más aventajado Madame Bartet, «la divina Bartet», como generalmente se le llama, la intérprete más sublime que jamás hayan tenido las heroínas de Racine, recitadora sin par de las poesías de Musset, sin parangón también en la comedia moderna. La Weber, actriz trágica de extraordinaria nombradía, y la Leconte, deliciosa actriz molieresca y al estilo de ahora. Por último, la Lifraud, la Faber y Colonna Romano (esta última pertenecía hace poco al Odeon), actrices en quienes no se sabe qué encomiar con más entusiasmo, si el arte ó la hermosura.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA



POBRES Y MENDIGOS

Con una ley llamada de asistencia pública quiere el actual Gobierno resolver el problema de la mendicidad. Se hará la ley, se arbitrarán los varios fondos que la ley previene, se asilará forzosamente á unos pobres, se recluirá en sus hogares á otros, se enviará á lejanas provincias á los que de ellas procedan y es posible que se arranque de las calles á los que tienen el vicio ó la necesidad de mendigar; pero el problema de la miseria, el problema de que la sociedad deja en desamparo á millares de individuos que no saben ó no pueden encontrar arbitrios ni modos lícitos de cubrir sus necesidades seguirá siendo el mismo problema.

Con su instinto certero de artista admirable, Leal da Câmara nos ofrece la visión cierta de ese problema. Unas energías mal gastadas, por deficiencia orgánica, por incultura y aun por vi-

cio y perversión y unas energías nacientes mal envenenadas: todo el proceso de la miseria está en eso.

Un anciano, rendido por una vida de trabajo con escaso provecho ó gastado prematuramente por el alcohol, una mujer que ha claudicado ante todas las resignaciones que la fatalidad le ha ido imponiendo y unos niños que en plena sociedad civilizada se ven privados de todo y se sienten de una casta inferior... Para los ancianos puede haber asilos remedidores, pero para el niño no habrá nunca compensación, porque cualquier fórmula de la misericordia oficial le privará de dos cosas esenciales para la infancia, engendradoras de su única riqueza, que es la alegría. Le privará de la familia, que aun siendo mala y tiránica y viciosa, es para cada niño la que Dios le dió y la que prefiere y la que ama y

le privará de la libertad... ¡La libertad, á la que los antiguos retóricos y filósofos llamaban don del cielo, y que la civilización moderna no ha dejado gozar enteramente ni á los niños ni á los pájaros!

Así veis la tenacidad con que los golfillos prefieren su triste condición á la cuidada de asilados. Y es que no tiene la miseria más solución cierta que la de acrecentar la riqueza pública, multiplicar los negocios, forzar el precio del trabajo y á la vez hacer cultura; convencer á las gentes de que el espíritu humano puede gozar muchos otros bienes además de la libertad. ¡Entonces, Leal da Câmara, no podría darnos la pena de contemplar la resignación de ese anciano y el picaresco y alegre desgaire de esos chiquillos!

DIONISIO PÉREZ



OJOS AZULES

Guardan tus bellos ojos la luz del nuevo día,
copiando en sus cristales el manto azul del cielo,
ó el lago transparente que envuelve niveo velo
y duerme en el regazo de la floresta umbría.

Despiertan en las almas tesoros de poesía,
y flotan recordando en celestial anhelo,
á Ofelia silenciosa vertiendo sobre el suelo
las flores que en sus manos la nieve envidiaría.



Son como grato ritmo de plácida balada,
son como tiernas ansias de niña enamorada,
que Amor con sus caricias á su poder sujeta.

Por eso de tus ojos el mágico espejismo
despiertan á la vida mis sueños de idealismo
y dan inspiraciones al alma del poeta.

Narciso DÍAZ DE ESCODAR

DIBUJO DE SANCHIS YAGO

AUTORES CÉLEBRES

RAMÓN DE CAMPOAMOR

El poeta singularísimo, verdaderamente extraordinario que hoy viene a ocupar por derecho propio lugar señalado en esta galería de hombres ilustres, nació en Navia, provincia de Oviedo, el 24 de Septiembre de 1817, y después de hacer algunos estudios de humanidades, siendo ya un hombre hecho y derecho, vino a Madrid «en donde emprendió la carrera de Medicina, casi a la par que comenzó a dar a conocer su genio poético en algunos salones particulares y en *El Liceo* y otros círculos literarios.»

Pronto abandonó la Medicina para ocuparse tan solo de literatura y de política, alternando su labor poética con sus trabajos periodísticos. En *El Estado* y en polémica con Castelar, que dirigía *La Democracia*, publicó Campoamor una serie de artículos, notables y luminosos, acerca de *La fórmula del progreso*. Después coleccionó estos artículos con el título de *Poémicas con la Democracia* y en breve se agotó la edición.

Además de sus obras poéticas, que son las que realmente le han dado fama universal é inmortal, ha escrito en prosa *El Personalismo*, *Lo Absoluto*, *La filosofía de las leyes*, *El Ideismo*, su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, *La Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje* y alguna otra que no recuerdo, obras todas ellas de fondo filosófico y de verdadera importancia.

En lo que puso D. Ramón de Campoamor verdadero empeño y hasta una gran cantidad de amor propio, fué en ser autor dramático, sin poder conseguir más que algún que otro éxito estimable, lo cual era muy poco para su bien ganada fama de poeta insigne y genial, inventor del género que le ha inmortalizado. Su comedia, en tres actos, *Cuerdos y locos*, estrenada en el teatro-circo de la Plaza del Rey por Matilde Díez, Gertrudis Castro, Manuel Catalina, Juan Casañer, Mariano Fernández, Julián Romea y otros estimables artistas, allá por el año 1872, no hizo más que pasar, alcanzando un número escaso de representaciones, y fué la que más gusto de todas sus obras dramáticas. Era demasiado subjetivo para la escena.

Además de *Cuerdos y locos*, escribió para el teatro *Días Irae*, *El palacio de la Verdad*, *El honor* y algunas otras cuyos títulos no recuerdo; pero, como queda dicho, sus comedias son endebles, no tan sólo porque lo son, sino también y principalmente por ser suyas. También escribió *El drama universal* y *Colón*, magníficos poemas esmaltados de sublimes bellezas, la *Epístola necrológica* de González Bravo, un tomo de *Pensamientos* y una colección de poesías sueltas, epístolas, fábulas y cantares.

Pero lo que le coloca en primera línea, define su personalidad y constituye la ancha base, el sólido pedestal de su brillante gloria, son las *Doloras* (género de su invención) y los *Pequeños poemas*.

¿Qué es una *dolora*?... El propio autor la define en carta dirigida al conde de Revillagigedo, de la cual he de copiar aquí los párrafos siguientes:

—«¿Qué significa *dolora*?»—me pregunta usted en el primer párrafo de su carta. Respuesta: —Significa una composición poética, en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica. —«¿Y por qué significa eso?»—vuelvo a preguntar, suponiendo con acierto mi contestación. Respuesta: —Porque yo quiero que lo signifique.»

Esto no tiene vuelta de hoja y recuerda que

«La española infantería
es valiente porque sí.»

Después añade D. Ramón:

«Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy a presentar a usted porque resulta en mi abono. O la *dolora* es un género nuevo de poesía o no lo es. Si lo es, la palabra que significa que ese género tiene que ser nueva enteramente; y en este caso, poco le debe importar a nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar a las *doloras* un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido al cual crea que pertenecen.»

Otras razones alega Campoamor en defensa

de su invento y de su teoría; pero basta lo copiado, que es de una lógica irrefutable, como demostración de su derecho a llamar como le plazca a un género de poesía inventado por él. Después, leídas las *doloras* con la debida atención, se comprende, por intuición y sin que uno se lo explique claramente, que se llamen así esas composiciones.

Pocos, poquísimos escritores han sido tan discutidos como D. Ramón de Campoamor al publicarse la primera edición de sus *Doloras*; pero también son contados los escritores que hayan conseguido una tan señalada y completa victoria como la que él consiguió; y si mucho se le discutió al principio de su etapa innovadora, llegó a ser indiscutible en los últimos años de su vida. Hasta sus más encarnizados detractores, que los tuvo, hubieron de rendirse a la evidencia del triunfo resonante y clamoroso.



D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Al revés de otros poetas contemporáneos suyos que se cuidaron de la forma sensible casi por manera absoluta, Campoamor atendió preferentemente al fondo, a la idea de sus composiciones, descuidando la forma hasta el extremo de ser no pocas veces incorrecto; pero, con sus incorrecciones y todo, ha sido el poeta más leído y admirado de su época, resistiendo valerosamente, como pocos, el olvido y la indiferencia que lleva consigo la marcha del tiempo. No, Campoamor no pasa, y hoy se le lee más que ayer y mañana se le leerá más que hoy...

Campoamor es un humorista irónico y filosófico de inmenso talento, de inspiración agri dulce é ingenio peregrino, que habla a la razón y al sentimiento, más a la primera que al segundo; y como la lectura de sus poesías obligan más a pensar que a sentir, y el sentimiento es fugaz y la inteligencia permanente, de ahí que el recuerdo de la labor de este poeta singularísimo sea eterno. Y debe serlo por su hondura filosófica, por la amabilidad y ligereza de su estilo personalísimo é inconfundible.

Manuel de la Revilla considera la *dolora* «como la forma más adecuada de la lírica de nuestros días, viniendo a ser una composición poética de forma épica ó dramática y de fondo lírico que, en tono a la vez ligero y melancólico, expresa un pensamiento transcendental». Y Ventura Ruiz Aguilera la define diciendo que «la *dolora* es una composición poética en la cual debe hallarse constantemente unida a un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica». Otros muchos críticos definen este género de poesía en iguales ó parecidos términos, concediéndole todos una importancia capitalísima.

En 1862 ingresó D. Ramón de Campoamor y

Campoamor en la Academia Española de la Lengua, y, por haber sido político, fué varias veces gobernador de provincia, director general, consejero de Estado, diputado a Cortes y senador del reino. Aunque parezca mentira, un literato tan innovador, tan volteriano, tan liberal, tan revolucionario... ¡fué conservador!... Pero, escéptico en política, como en todo, al ser preguntado una vez por qué distrito había salido diputado, contestó:

—Por Romero Robledo.

Con lo cual vino a significar que á los diputados *cuneros* no los elige el país, sino el ministro de la Gobernación, y como entonces lo era Romero...

Clarín (Leopoldo Alas) decía que Campoamor era «conservador por broma, la broma más pesada de las suyas»; y uno de sus más importantes biógrafos, D. Elías Zerdo, añade: «Don Ramón no puede ser conservador de veras, ó por lo menos cuesta trabajo tenerlo por tal después de leer sus *doloras*, y más aún después de conocerle personalmente.» Con efecto, yo tuve el honor y la dicha de tratarlo con alguna intimidad y confieso sinceramente que era uno de los hombres más llanos, sencillos y demócratas que he conocido, siendo á la vez un conversador agradabilísimo.

El citado Manuel de la Revilla, ocupándose de nuestro poeta en la *Revista contemporánea*, ha escrito, entre otras cosas, lo siguiente:

«Los que por ventura no conozcan personalmente á Campoamor y juzguen al hombre por el poeta, quizá se imaginarán que el autor de las *doloras* es un personaje fúnebre y desesperado, de luenga barba, romántica melena y mirada fatal, devorado por los pesares, amargado por la duda y sumido en negra melancolía, fruto de agitada y tormentosa existencia. Nada menos exacto. Ese escéptico implacable tiene todo el plácido aspecto de un creyente.

«Es un hombre de edad madura, más bien bajo que alto, grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, de frente espaciosa y serena, cuya boca no está plegada por el amargo *rius* del dolor, sino por la más bonachona de las sonrisas; cuya cabeza corona blanca cabellera, que nada tiene de romántica, y cuyo rostro, agraciado en conjunto, rodean unas blancas patillas de bolsista, que antes le dan expresión de acaudalado y satisfecho banquero que de melancólico y tétrico poeta. En ese cuerpo, que casi parece el de un epicúreo, se alberga un alma bondadosa y dulce, un carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil y una poderosa inteligencia.»

«La suerte de ese escéptico pesimista, que de todo reniega, la envidiarían más de cuatro creyentes.»

El retrato está trazado magistralmente, no le falta más que hablar, como vulgarmente se dice. Así era D. Ramón, en efecto, debiendo añadir un matiz, acaso el más simpático y atractivo de su carácter, que parece mentira pasara inadvertido á la fina perspicacia del insigne Revilla. Tales eran la llaneza, la sencillez y la generosidad de Campoamor, que, siempre que hablaba con un inferior en talento ó en posición social, lo cual le sucedía con mucha frecuencia, se esforzaba en borrar la distancia que lo separaba de su interlocutor, cosa que conseguía con extraordinaria facilidad, gracias á sus dulces insinuaciones y á su don de gentes. Recuerdo que allá por el año 1872, cuando tuve la suerte de ser presentado al genial poeta, siempre que me lo encontraba y le llamaba maestro insigne, con el respeto que merecía, me contestaba invariablemente:

—Hola, querido compañero.

Y por el tono que empleaba para decirme lo no había medio de enfadarse con él, aunque uno estimase *ofensivo* que el más grande poeta de su época llamase compañero á un joven de veintitantos años que apenas se llamaba Pedro en la república literaria...

Murió D. Ramón de Campoamor en Madrid el año 1901. Sus obras vivirán lo que viva la lengua castellana, y el mármol perpetúa su recuerdo glorioso en el artístico monumento que se levanta en el paseo de coches del Retiro.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



CAMINO DEL MERCADO, dibujo de Ramón Manchón

El arte ante el Corpus Christi

La solemnidad religiosa que se conmemora en el jueves inmediato posterior al domingo de la Santísima Trinidad por disposición primaria de Urbano IV (1265), contrastada en el Concilio de Viena (1311), en el que intervinieron tres monarcas, uno de ellos el de Aragón (1), y ampliado en 1316 por Juan XXII, ha dado origen a numerosas manifestaciones, emanadas de la fe, que pusieron en tortura intelectual á artistas celeberrimos. Las ofrendas en todo el orbe católico se hicieron con esplendidez inusitada y el Arte dió forma á aquellos entusiasmos valiéndose de ricos metales y de piedras preciosísimas; mas no fueron suficiente estas creacionesuntuosas cristianas: tras evoluciones escalonadas se llegó á los Autos Sacramentales, y alrededor de estas iniciaciones del arte escénico, hubo otros espectáculos: danzas, comparsas, tarascas, rocas.

Ni de estos espectáculos, ni de los ostensorios, templete propios de España, he de ocuparme en estas líneas, pues se necesitan bastantes páginas para describirlos. Para LA ESFERA reservo la enunciación de custodias portátiles, manuales, que por su tamaño son conducidas en las manos del sacerdote, bajo palio, revestido con capa magna, envuelto por el incienso y por los pétalos de flores deshojadas que caen cual lluvia de *confetti*, lanzados cariñosamente por manos de damitas que destacan sus bustos en ají con banda azul ó rojo, los más meces y en balcones de los que penden paños, ricos algunos, blancos de colores nacionales, cuando no son riquísimos mantones de Manila sembrados de policromía y orlados de sutiles, prolongados flecos, ó reposteros que ostentan heráldica no siempre sinónima de nobles empresas ni de arqueológicos pergaminos.

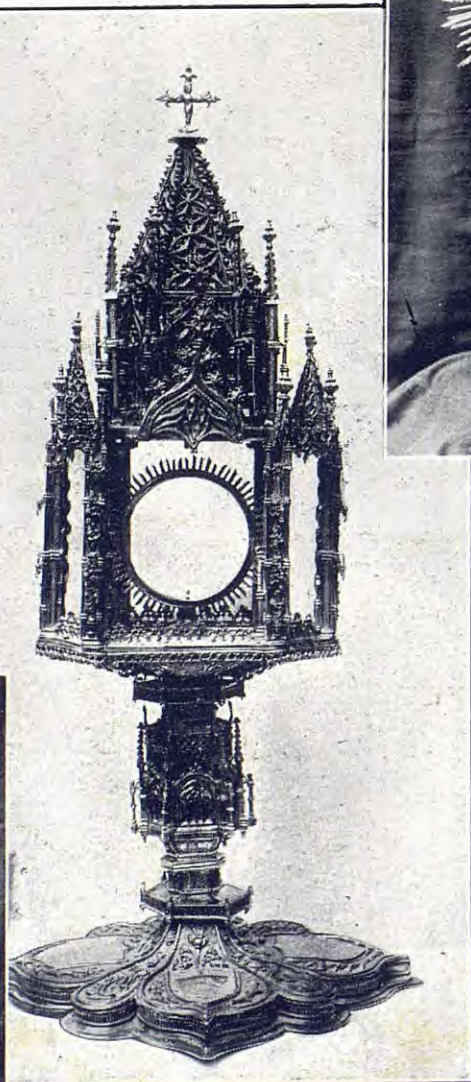
La custodia manual es la que la liturgia impuso para ser conducida procesionalmente por toda la cristiandad; si en España se transportan templete y cipreses en andas y en carrozas, algunos de muchas arrobas de plata, es por concesión especial, atendiendo al peso excesivo de los mismos. En Roma, el Papa lleva la custodia en sus manos, arrodillado sobre la silla gestatoria; de los soles más renombrados de Italia es el de la catedral de Padua; en Francia son también custodias de manos: la de Nuestra Señora de París, proyectada por Roberto de Cotte, inventor del estilo *rococó*, que por su tamaño precisa conducirla sobre peana, es un sol presentado por un ángel; en la basílica laurentina oscense, hay otro ejemplar de tal género construido en Nápoles.

Las provincias hispanas que antes robustecieron la gran corona aragonesa, pertenecientes á Cataluña, Valencia y Mallorca, siguieron parecidas tendencias; si labraron cipreses de gran tamaño fué á base de los manuales, de los que son una ampliación; también se encuentran cipreses en la región navarra y en la riojana. No siguen tal moda las provincias que integran el Aragón actual en su parte central, alta y baja; Zaragoza, la capitalidad, al retirar la custodia del prelado D. Dalmao de Mur (mediados del siglo xv), que debía ser notable y de ciprés, y repujar en la primera mitad de la centuria xvi la grandiosa en que intervinieron Forment y Lamaison, prefirió el modelo castellano, el templete ó serie de templete y baldaquinos superpuestos y agru-

(1) Los otros dos eran los reyes de Francia y de Inglaterra.



Custodia de oro y piedras preciosas, donada por doña Felicia Olave á la Catedral de Vitoria en 1562



Custodia de mano, perteneciente al ma. qués de Castrillo

El de Piérola es un hostiario cuya caja retrotrae la del de Nuestra Señora del Puig (Valencia), donado por D. Jaime el Conquistador; pero en el catalán, además del pie, vástago y caja, sobre ésta, emerge el viril, que parece un girasol estilizado, y del tronco brotan dos brazos en asta que soportan un ángel cada uno con alas plegadas. La de Espluga es un sol ornamentado con lenguas espirales; el pie, como en los otros, es amplio, y el tronco queda cubierto por la arquitectura que determina el anillo monumental.

De orfebre barcelonés de fines del siglo xv es la de Ejulbe, en la provincia de Teruel; es de plata dorada, de planta exagonal, tronco y cuerpo principal subdividido en tres zonas de ventanales y arbotantes; del tronco brotan dos brazos coronados con ángeles sombreados éstos por doseles; en el centro colocan el viril de columnitas y cardinas. Termina el total con cúpula pentagonal ornamentada de vegetales estilizados y crucifijo.

Morellanas son las custodias de las Cuevas de Cañari y de Tronchon, de la provincia de Teruel.

La primera consta de basamento almenado y torreado, robusto pie, ángel con incensarios suspendidos sobre ramas y torre sólida, ligera, donde exponen la Hostia. En el pie, como decoración y certificación de procedencia, destacan cuatro escudos en losange, con heráldica de los *De Pedro*, grabados



Custodia de plata, de los Carmelitas de Vitoria



Custodia de la Parroquia de San Pedro y San Felices, de Burgos

pados en los ángulos; tal preferencia se manifestó al labrar las demás catedrales, colegiatas y parroquias de esta región sus respectivos ostensorios, dentro, como es consiguiente, del estilo propio de la época en que se

construyeron. Hay una excepción: la de Daroca; pero precisa tener presente que ésta se comenzó en el siglo xiii, y en el xiv fué muy ampliada por plateros catalanes; otra excepción puede anotarse en Cataluña: la de Tortosa, del siglo xvi; ésta, á la inversa de las de su región, es templete; aquélla, en cambio, recuerda al tipo de ciprés. Las custodias manuales repujadas en el período arquitectónico ojival—arte francés—, son las más bellas y artísticas; las de mayor celebridad de Cataluña corresponden á tal grupo.

El Museo episcopal de Vich conserva dos del siglo xiii, una completamente esmaltada; del siglo xiv es otra de la catedral de Vich, regalo del beneficiado Pujol de Badía; su copa de cristal fué sustituida en 1528 por disposición del mirado Pedro Jaime.

Del xv era un píxide de S. Fausto de Capcentellas, vendido para colección extranjera.

En la Exposición universal de Barcelona de 1888, sección arqueológica, figuraron cinco ostensorios catalanes interesantísimos: los de Monistrol de Monserrat, Corbera, S. Cugat del Vallés, Piérola y Esplugas del Llobregat; los dos primeros constituyen el modelo del ciprés característico; su pie es amplio, de líneas onduladas, el tronco esbelto, la copa donde exponen el viril presenta ventanales, arbotantes, agujas, gabletes, piñones y pináculos; la grandiosidad, la esbeltez, la intervención de estatuas corresponde al de Monistrol, que es de proporciones mayores; á este tipo se aproxima el tercero, de líneas más ligeras, menos ostentoso.

y esmaltados; corresponde esta obra á la mitad del siglo xv.

La custodia de Tronchon es más pequeña, aunque más esbelta; el ostensorio descansa en edículo exagonal, presenta seis placas decoradas con esmaltes translúcidos, historiados, cabe nichos con pináculos trepados.

La catedral de Palencia, á más del magno templete de Juan de Benavente, posee un ciprés manual del siglo xv; en su planta de líneas variadas repujaron medallas y adornos; el tronco y anillo ostentan ornamentación arquitectónica, contrafuertes, pináculos, antepechos, arquerías, gabletes, arabescos; la copa del ciprés, que aún recuerda las cajas hostiarios por sus líneas generales, ofrece óculos rodeados de anillo vertebrado; en los ángulos destacan torrecillas con calados ventanales, columnas y florones. Coronación exuberante de la joya es otro cuerpo completamente trabajado que termina en torrecillas ó contrafuertes con arbotantes, de un templete sobre el que se eleva un crucifijo.

La parroquia de Santos Pedro y Felices, de Burgos, es poseedora de otro ciprés que, por su ornamentación ojival-renacimiento, corresponde al estilo plateresco; no llega en belleza á la anterior, aunque es muy notable; el tronco ofrece menos suntuosidad en ésta pero en cambio auna más esbeltez y variedad de planos; el capitel en que descansa el templete, de cardos rizados, es más importante que en la anterior. El cuerpo principal lo constituye un templete con ingresos; en sus ángulos hay grandes pilastras con nichos, conteniendo estatuas que rematan en pináculos floreados; en los planos colaterales, á modo de intercolumnios, repujaron grandes figuras colocadas bajo doseles con agudas agujas; sirve como de otro cuerpo lo que pudiera llamarse domo, rematado en chapitel cónico, repujado, coronado con una cruz. En total, por la variedad de líneas, por la suntuosidad arquitectónica, constituye un modelo interesante y bello que honra á los plateros burgaleses.

Sufrió intrusiones en el siglo xvii.

La colegiata de Osuna puede envanecerse de la propiedad de un ostensorio magnífico, de exquisita factura, obra maestra de platería española labrada en el siglo xvi, en la que prepondera el arte clásico en su mayor suntuosidad, aunque aceptando ligeras cresterías del goticismo agonizante. Es su pie circular y en él repujaron bandas decorativas; el tronco está constituido por un Hércules barbado ó atlante, envuel-



Viril de la custodia de Nuestra Señora de Montesión, de Palma de Mallorca

to en adornos serpeantes que sostienen una gran copa de la que parece brotar el templete con basamento, arcos de ingreso de medio punto, columnas yustapuestas, cornisa y sobre ella cálices y copetes, coronado por media naranja repujada, subdividida en dos zonas, con crestería y en la parte superior el crucifijo.

La catedral de Teruel, que también se envanece con templete procesional, guarda en su tesoro una pequeña custodia de manos superior en arte á la mayor, de estilo renacimiento, que contiene seis abalaustradas columnitas, un tabernáculo ovalado y dos ángeles soportes del viril, obsequio del que fué Arzobispo de Palermo, Sr. Martínez Rubio.

La catedral de Cádiz, que atesora el *Cogollo*, el templete del platero Suárez y el viril llamado del millón, también posee una custodia de manos, magnífica obra de joyería, cubierta totalmente de piedras preciosas, que debió labrarse á fines del siglo xvii ó principios del xviii.

Es su forma de sol radiado; el pie, amplio, de cuatro segmentos de círculo desiguales pa-

reados, sostiene, sentadas sobre roleos, figurillas aladas con grandes racimos de uvas en las manos; el tronco abalaustrado sirve de peana al ángel soporte del resplandor, subdividido en tres círculos concéntricos, el de radio mayor compuesto por tronco de vid con racimos, y el más pequeño orlado con gruesas perlas; sobre los rayos hay, en la parte superior, la paloma simbólica, y más arriba dos niños que presentan corona imperial.

La argentería moderna, hispana, especialmente la barcelonesa y de Palma, aunque inspirada en modelos antiguos, ha producido notables custodias de manos según los estilos románico, ojival y renacimiento. Tengo á la vista la reproducción del viril labrado para la custodia de Nuestra Señora de Montesión (Palma de Mallorca), proyectado por D. Francisco Morell, construido con plata y cobre dorado y decorado con esmaltes y pedrería. Es un sol radiado, crucífero, que recuerda las buenas obras del ojival florido. Su factura y composición son admirables, y el dibujo correcto, elegante.

Del propio estilo es la custodia del Convento de religiosas de San Vicente Paul en Murguía (Alava); su pie y tronco, ligerísimos, elegantes, sostienen el cuerpo principal, en el que campea el óculo ó ostensorio con marco espléndido; á ambos lados, recordando los contrafuertes arquitectónicos, hay hornacinas coronadas por doseles con caperuzas cónicas que cobijan estatuas; sobre el óculo, como remate, se elevan otros tres nichos con imágenes y doseles piramidales, el central más elevado y con cruz en la cima.

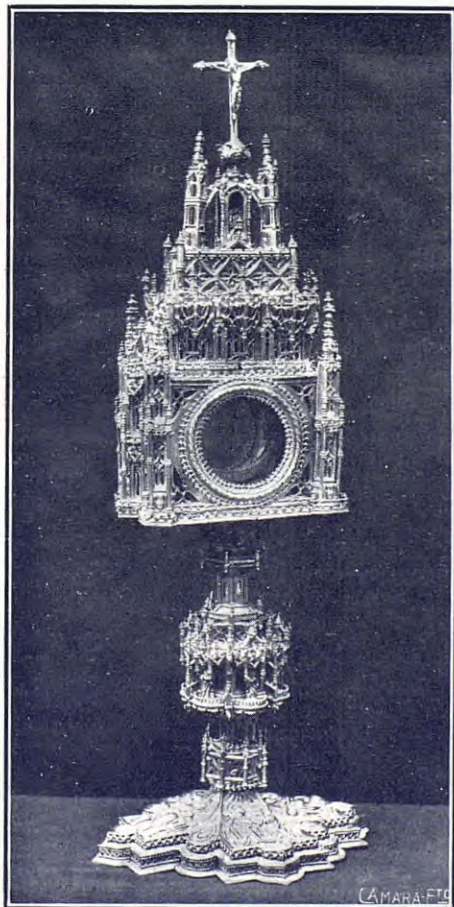
Sol radiado, con filigranas y medallas impresionadas en el goticismo, pie y vástago de líneas elegantes, posee la custodia de oro y pedrería donada en 1912 por Doña Felisa Olave á la catedral de Vitoria, que también conserva templete procesional.

No carece de belleza el viril de plata dorada cuyo tronco sirve de pedestal á una estatua de los carmelitas de dicha ciudad.

ooo

Dentro de la industrialización del arte de platería se observa una reacción relativa, en nuestros días, con tendencia á resurgir felizmente, luchando con la penuria, esta fase del arte suntuario cristiano español que en el siglo xv y xvi no tuvo rival en el mundo por su grandiosidad y riqueza.

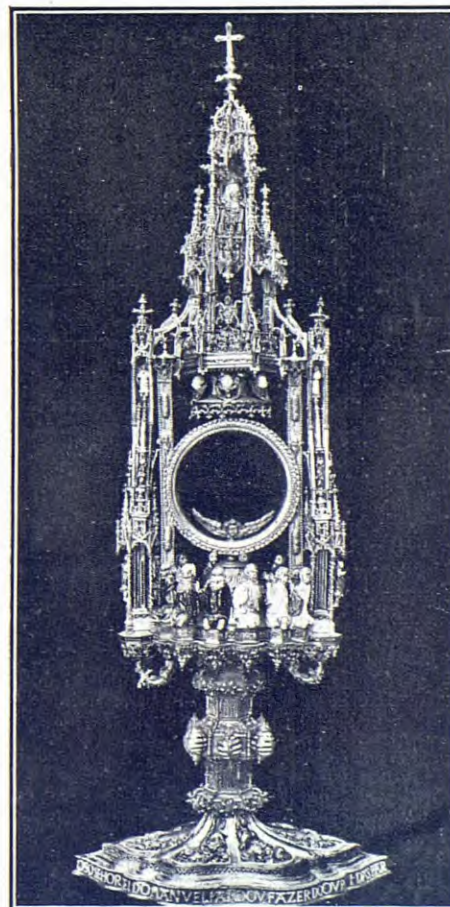
ANSELMO GASCÓN DE GOTOR



Custodia del siglo XV, de estilo ojival, de la Catedral de Palencia



Valiosísima custodia de oro y piedras preciosas, de la Catedral de Cádiz



Custodia de oro, del siglo XVI, del Palacio d'Ajuda, de Lisboa

DE NORTE A SUR



CLAUDIO MONET
Célebre pintor francés, en la época en que pintó "El verano en Etretat"

El primer "salón" cubano

Si no hubiese muerto la mayoría de los políticos culpables de nuestro desastre colonial, si los pocos hombres que en aquella época eran influyentes y podían disponer a su antojo de la suerte de España y de los destinos burocráticos de Ultramar, no estuvieran ahora alejados y oscurecidos por una piadosa vejez, sería oportuno ponerles frente a frente un nuevo reproche.

La política española, antes de la pérdida de las colonias, no podía servir como ejemplo de pureza ni como espejo de buen gobierno. Sentimos las generaciones posteriores el bochornoso rubor

de tantos desaciertos cometidos entonces, de aquellos barcos que iban a Filipinas, a Cuba, a Puerto Rico, cargados de individuos capaces de todas las audacias, con tal de «hacer fortuna»; aquellos barcos que luego volvían llenos de soldados esqueléticos, temblorosos de fiebre incurable, llevados a la muerte y a la derrota por defender no la patria española, sino los españoles instalados con una despótica y estéril vida en tierras de América y de Oceanía.

Bajo el dominio español, todas las que hoy son repúblicas independientes, atravesaron siglos de empobrecimiento y de incultura lamentables. Inútil es fingir una fanfarrona patriotería. Educados en los días terribles del Desastre, sabemos los hombres de hoy hasta qué punto es censurable la conducta de los hombres de ayer. Y no debemos tolerar la sordina nacionalista ni cubrir nuestras pupilas con aquellas rosadas gafas que ellos usaban para no ver sino el personal miedo y la satisfacción de sus egoísmos propios. Libres de unos sistemas de gobierno que, aun siendo españoles, no representaban el alma generosa y noble de España, han ido poco a poco las que fueron nuestras últimas colonias, adquiriendo vida próspera y feliz.

Cuba es la que más pronto ha sabido demostrar hasta qué punto pudo encontrar en ella misma todas las energías capaces de engrandecerla. De cuando en cuando, de un modo sencillo y lógico que responde a su trayectoria renovadora, da señales indudables de ese engrandecimiento. Ahora es el aspecto artístico el que se muestra floreciente y granado ya en próximos frutos óptimos.

A las iniciativas del Sr. Edelmann y Pinto se debe el primer «Salón de Bellas Artes» o «Exposición Nacional», como diríamos nosotros, sin afrancesamientos que son innecesarios.

En este «Salón» no ha faltado ninguna de las manifestaciones del arte: la pintura, la escultura, el grabado, la arquitectura, incluso la caricatura, a cuyo frente figura Conrado Massaguer.

Nuevamente los nombres de Romañach, de Menocal, de Rodríguez Morey, de Guillermo Álvarez y Esteban Valderrama, se asoman a los periódicos, sombreados de laureles.

Y se unen a los de sus escritores, a los de sus hombres de ciencia, para dar a su patria una aristocracia de talento que, en definitiva, es la única y verdadera que tiene razón de ser.

Ventajas de las naciones nuevas sobre las naciones viejas, donde se cree lo contrario.

El arte y la guerra

En Nueva York se ha celebrado una subasta de cuadros. Ofrecía la curiosa actualidad de que todas las obras puestas a la venta eran francesas o alemanas. Respondían, pues, en cierto modo, a una consulta de la opinión yanqui.

Claro es que el arte no debía estar supeditado a las momentáneas y actualistas pasiones que enciende la guerra.

Nada debía influir la conducta de la soldadesca en preferir o rechazar unas u otras obras teatrales y en ensalzar o atacar tales o cuales lienzos. Pero, desgraciadamente, así es. Y en cierto



La policía infantil.—Una detención en las calles de Nueva York

modo sirve para pulsar la opinión pública un cuadro, una ópera, un libro o un producto científico, respecto de las simpatías o antipatías que inspire la nación de donde procedieren.

Por de pronto, en la subasta de Nueva York, los cuadros alemanes han descendido de valor y en cambio ascendieron los franceses.

Una tela de Menzel, que hace nueve años se vendió en 20.000 francos, ahora ha sido rematada en 4.000. El famoso *Extasis* de Lembach, que el año 1905 alcanzó 50.000 francos, se ha comprado en 12.000; los *Jugadores de polo*, de Lieberman, por el que se pagaron 30.000 francos, apenas llegó ahora a los 4.000.

En cambio un Corot—*Los alrededores de Beauvais*—que compraron hace tiempo en 1.850 francos, ha sido rematado en Nueva York en 55.000.

Y por último, dos impresionistas, Monet y

Degas, para quienes la suerte tan enemiga, tan hostil en los comienzos, les sonríe ahora, un poco tarde...

El verano en Etretat, de Claudio Monet, ha sido vendido en 57.000 francos, y unas *Bailarinas*, de Degas, en 51.000.

Otra vez sonreirán melancólicos los dos viejecitos. Degas y Monet son los dos únicos pintores que viven de aquel grupo espléndido y audaz de Manet, de Pissarro, de Sisley y que había de revolucionar por completo el arte contemporáneo.

Degas vive pobremente. Sólo el precio de uno de sus cuadros de aquella época bastaría para permitirle cierto desahogo de vida. Incluso ofrece cuadros de hoy a precios infinitamente inferiores y no los quieren. No tienen ese carácter espontáneo y juvenil de los otros; no representan la rebeldía, sino la resignación.

Claudio Monet ha tenido mejor suerte. Vive en el campo, en una casa propia, y ha podido rehacer la belleza de su jardín como antes hacía la belleza en sus paisajes. Diríase que ha llevado a la naturaleza el encanto perdurable de sus cuadros.

¿Y dónde vive Claudio Monet? Stéphane Mallarmé, el admirable poeta, lo dijo hace muchos años en verso, escribiendo esta dirección en el sobre de una carta que llegó sin pérdida de tiempo a su destino:

Monsieur Monet que l'hiver ni
L'été, sa vision ne leurre,
Habite, en peignant, Giverny
Sis auprès de Vernon, dan l'Eure.

La policía infantil

Harry Schlacht, el presidente de la Asociación Protectora del Estado del Este en Nueva York, ha creado el cuerpo de niñas policías. Por ahora sólo han empezado a prestar servicio veinticinco de ellas, armadas de sus porras, sus gorras y sus guerreras reglamentarias.

Su misión se reduce a vigilar el cumplimiento de los reglamentos sanitarios en las calles y a proteger a los niños desamparados, y también a evitar las travesuras, de los que no llevando porra y gorra galoneada, carecen del sentido cívico del concepto de la propia dignidad.

Nada tan laudable como la tentativa. Entre hacer policías a las niñas o transformarlas en vendedoras de periódicos y de alfileres como en España, la elección no parece dudosa a primera vista.

Sin embargo, un término medio sería más sensato. Ni ponerlas dentro de la delincuencia callejera, ni investirles de una autoridad superior a sus pocos años.

¡Menguada juventud se les prepara a unas y a otras!

José FRANCÉS



La policía infantil.—Cecilia Goldberg, jefe de la brigada de policía infantil de Nueva York, acompañada de las agentes Cecilia Pechter y Ana Silverman